

La Crisis de la Nación (1929-1933)

Democracia pluralista y partidos políticos



Jorge Osvaldo Furman y Silvano Pascuzzo

USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

***Al cuerpo académico de la
Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador***

Con esta reedición de "La Crisis de la Nación (1929-1933). Democracia pluralista y partidos políticos", escrito por nuestros docentes, Jorge Furman y Silvano Pascuzzo, queremos, desde la dirección de esta Escuela, buscar revitalizar el vínculo entre alumnos y profesores al brindarles la oportunidad de ver plasmadas sus horas de esfuerzo en investigación y estudio, en la edición de sus trabajos.

Esta serie de cuadernillos cuyo primer ejemplar tienen hoy en sus manos, pretende instaurar una nueva tradición cuyo objetivo último es el de aunar, aún más, los lazos de la familia académica de la Facultad de Ciencias Sociales, que juntos construimos día a día.



La Crisis de la Nación (1929-1933) Democracia Pluralista y Partidos Políticos.

Escuela de Ciencia Política - Facultad de Ciencias Sociales - Universidad del Salvador
Hipólito Irigoyen 2441
C1089AAU Ciudad de Buenos Aires - Argentina

Se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2008 en los Talleres Bahía Graf S.R.L.
Camarones 3955-67 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Buenos Aires, octubre de 2008
Dirección de la Escuela de Ciencia Política
Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador

Prólogo

A la memoria de **Don Arturo Jauretche**,
a quien tanto debemos y de quien tanto hemos aprendido.



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

Prólogo

El tema que en el presente trabajo nos ocupa está claramente explicitado en su título: **La Crisis de la Nación (1929-1933)**, y hace alusión a un momento histórico clave en la historia contemporánea del país. Es en dicho período –los primeros años de la cuarta década del siglo XX– cuando se produce la ruptura de una legitimidad trabajosamente obtenida –la de la democracia pluralista–, junto con la desubicación estratégica de la Argentina en el mundo, que el **Tratado Roca-Runciman** pretenderá resolver de modo precario. Aquí se gestarán procesos evolutivos que conducirán, a partir de 1945/46, a una reformulación profunda de la política y de la sociedad, expresada por el movimiento peronista.

Estos años han merecido, por parte de nuestra historiografía, un tratamiento a la vez muy denso y unilateral. Liberales y revisionistas encararon su estudio partiendo de un presupuesto heurístico y metodológico que, de forma paradójica, tiene sus bases teóricas en el Marxismo. Para ellos, el tremendo shock que se vive a partir de 1929, es el producto de fenómenos de “estructura” –económicos y sociales– que impactarán “naturalmente” sobre la “superestructura” ideológico-política. Al describir los acontecimientos, estos amantes de la “dialéctica” someten los mismos a las duras reglas del determinismo materialista, esa moderna deformación escolástica con pretensiones científicas.¹

En esta curiosa visión –en la que coinciden casi todos los referentes principales de ambas escuelas historiográficas– el país agroexportador dependiente del Imperialismo Británico se encontraba –para bien o para mal– condenado a penetrar en el oscuro sendero de la **Década Infame (1932-1943)**, pues su economía primaria y su estratificación social correspondiente así lo señalaban. Para los liberales, la ruptura y posterior salvataje obedecían a circunstancias que escapaban al control nacional. Para los revisionistas, la crisis nacional se hallaba inserta dentro de un proceso natural, por lo que a falta de una “Revolución”, los argentinos habíamos recalcado finalmente en su contraparte: el régimen fraudulento y entreguista de la Concordancia. Unos y otros obviaban la crucial relevancia de las “superestructuras”, sujetando la dimensión ideológico-política al ámbito de lo económico-social, en una relación de causa-efecto.

Así, con férreo determinismo, se ocultaban al estudioso un conjunto de fenómenos ideológicos y políticos autónomos, muchas veces de gran incidencia en la conformación de la Nación Argentina. La situación del Radicalismo; el entorno del Presidente Yrigoyen; la Cultura Política de la opo-

sición; la prédica aristocrática e intervencionista en el Ejército, son algunos de los ítems que merecen, no la acostumbrada descripción al uso, sino la construcción de un enfoque heurístico diferente del liberal-revisionista. Siguiendo al maestro de los Annales **Fernand Braudel**, diremos que el mismo deberá contemplar una enorme cantidad de hechos y factores que se mueven, no todos al mismo tiempo, ni a la misma velocidad.²

Es que los años treinta, con sus luces y sus sombras, nos muestran una Argentina frágil, confusa y desconcertada. Aparecen entonces algunas características de la sociedad que, por su persistencia y constante reiteración, nos parecen actuales. Por detrás de las circunstancias críticas y del desequilibrio estructural, asoman varias argentinas yuxtapuestas, que en un mismo tiempo-espacio invocan y aducen legitimidades excluyentes. De este modo, si el estado de la cuestión a dilucidar es históricamente vigente, lo es porque el modelo o proyecto que toda comunidad exige para existir como tal, sigue estando a medio hacer; los años recorridos exhiben las terribles consecuencias de una tarea inconclusa.

Jorge Osvaldo Furman y Silvano Pascuzzo

Buenos Aires, septiembre de 2008

El Contexto

La Argentina de los primeros años del siglo XX presenta, para el científico social, dos características básicas. En primer término, es el producto exitoso de un sueño que en cierto momento había parecido imposible. El modelo de desarrollo que Juan Bautista Alberdi había anunciado en 1852³; y que construyera –no sin dificultades– la generación de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, llegaba hacia 1880 a colmar todas las expectativas, no sólo de sus progenitores, sino de la de miles de inmigrantes que habían llegado a nuestras tierras corridos por el hambre, la miseria y la persecución política y religiosa. El Presidente Roca y sus sucesores podían jactarse, hacia el Centenario, de haber dirigido un país moderno y pujante que exhibía –con soberbia de rico nuevo– su condición de granero del mundo.

En segundo término, esa nación adolescente evidenciaba síntomas de problemas crecientes. El Socialismo y el Anarquismo presionaban con fuerza sobre un régimen social que impedía cualquier modificación de las reglas de juego económicas y productivas; a la par, grupos disidentes de la minoría gobernante se agrupaban en una oposición incipiente, que ponía en tela de juicio –hacia 1890– el fraude electoral, el nepotismo y la corrupción administrativa que –según un extendido punto de vista– impregnaban a todas las estructuras del Estado.⁴

Ese país, sin embargo, no había construido su presunta grandeza sobre bases demasiado sólidas. El mito posterior de los “años dorados”, esconde la gran inestabilidad económica y política que jalonó esta etapa histórica. En 1873-1875; en 1889-1892; así como otra vez en 1919-1921, el modelo agroexportador había sufrido varias crisis, las que evidenciaron que Argentina era demasiado dependiente de los avatares de la globalización capitalista. Cuando los flujos de inversión y de población inmigrante se contrataban, el crecimiento se detenía, perjudicando las exportaciones y presionando sobre los salarios, generando un creciente endeudamiento público y privado. Sin divisas, la economía era incapaz de cubrir los déficits producidos por la entrada de bienes de consumo importados, indispensables para mantener alta la demanda de una población cada día más numerosa, a precios aceptables. Todo en el marco de reiteradas explosiones de malhumor político, que impugnaban no tanto el “modelo de acumulación”, como el poder fraudulento e irrepresentativo del Roquismo y sus aliados.

Impugnación violenta que incendiaría las grandes ciudades del Litoral, con revoluciones cívico militares que tendrían su paradójica culminación el 6 de septiembre de 1930.⁵

Por lo tanto, la República no ignoraba, en 1929, las crisis económicas y políticas. Lo que a veces se concibe como un progreso indetenible, había demostrado ser lo suficientemente precario como para acostumbrar a gobernantes y gobernados al uso de expedientes transitorios –la emergencia financiera, el fraude y el peculado; las proscripciones electorales; el alzamiento armado con apoyos civiles– que con el tiempo se terminarían convirtiendo en permanentes. Lo que iba a venir tenía sus orígenes en esa Argentina pujante y moderna de fines del siglo XIX y principios del XX. En una mirada de largo plazo, las tendencias se clarifican, y lo que parece novedoso, se conecta con el pasado para adquirir su verdadera significación.

II

El crash de la Bolsa de Nueva York, en octubre de 1929, provoca una crisis del sistema capitalista, que no sólo iba a manifestarse en los Estados Unidos y en Europa, sino que iba a expandirse por todo el mundo. Sus consecuencias serían la paralización del crédito, junto con el quebranto de la actividad comercial. El Capitalismo se encontraba transitando su etapa “**monopólico financiera**”. La fusión de las grandes empresas industriales con los bancos; la concentración de enormes inversiones en pocas manos; la aparición de “**trusts**” y “**Cárteles**”, conducían a la formación de un mercado global, que los teóricos liberales clásicos habían anunciado y el Marxismo descubierto como una de las tendencias capitales del siglo XIX. Las zonas productoras de materias primas, iban a quedar en él asociadas con las que se habían industrializado, pudiendo suministrar –a bajo precio– bienes manufacturados y servicios.⁶

Por ello la caída de Wall Street genera una “**crisis sistémica**” sin precedentes en la Historia. **Marx** había descrito –con su inigualable talento– la evolución errática de las economías europeas,⁷ pero lo ocurrido en 1929 superó con creces cualquier vaticinio catastrofista. Se estaba frente a una ruptura que iba a afectar a la misma existencia del sistema de acumulación, y que paralelamente iba a poner a prueba sus bases ideológicas y políticas.⁸ Un saldo de quiebras, desocupación y convulsiones sociales, no podía ser comprendido por los dirigentes e intelectuales que muy poco tiempo antes

habían cantado loas al mito positivista del progreso indefinido.⁹ Las zonas periféricas –como Iberoamérica y el Caribe– iban a sufrir de modo notable con la paralización abrupta de sus exportaciones y con la calda estrepitosa de los precios.

En uno de sus trabajos capitales, **Tulio Halperín Donghi** ha descrito con lucidez las consecuencias del momento en América Latina: “[...] Sólo paulatinamente iban a descubrir los latinoamericanos que el retorno a la normalidad no estaba a la vuelta de la esquina y que, por el contrario, les sería preciso avanzar durante una etapa de duración imprevisible por mares nunca navegados.”¹⁰ Diagnóstico que atacaba con precisión la base misma del problema: era la manera de entender la relación entre las economías de la región con el mundo la que tendría que ser inmediatamente revisada. Ya no habría compradores, ni precios altos, ni estabilidad y planificación de los flujos de inversión. Para los más lúcidos, era evidente el fin de una época y el comienzo de una transición cuyos lineamientos no estaban aún definidos con demasiada claridad. “Si para quienes vivieron la catástrofe, ésta se había originado en un accidente en el centro mismo de la economía mundial, que lo impedía seguir desempeñando el papel de polo industrial y financiero en la relación que había permitido la expansión de la economía primario-exportadora [...]”¹¹ dice **Halperín**: “[...] Retrospectivamente aparece claro también que ese accidente venía a anticiparse a un agotamiento paulatino de las posibilidades de esa línea de avance, cuyos signos premonitores podían descubrirse ya en el decenio anterior a la crisis.”¹²

III

La Argentina estaba por entonces gobernada por el líder político más importante de los primeros años del siglo XX. Hipólito Yrigoyen era un ascético y consecuente conspirador, que desde 1890 había venido impugnando las formas institucionales y los desvíos éticos del elenco gobernante. En 1893 había conducido una “marcha” de voluntarios armados en la ciudad de La Plata, que tuvo unos perfiles románticos que no se veían en el país desde la derrota de las montoneras, allá por 1860-1870. Yrigoyen creía que su partido, la **Unión Cívica Radical**,¹² era la encarnación de las virtudes cívicas del pueblo argentino; heredadas de Mayo –etapa fundante de la nacionalidad– y de Caseros –momento de la institucionalización del sueño liberal de los padres de la Patria–. La Constitución Nacional de 1853, era para

él y sus seguidores un objetivo a cumplir, una tarea inconclusa, una utopía que necesitaba del concurso fervoroso de todos los argentinos para plasmarse de modo definitivo. Su impugnación al país real, no era pues de fondo, no atacaba sus principios básicos. Era, ante todo, un rechazo a la manera en que Julio A. Roca y los **conservadores** habían interpretado los escritos y el pensamiento de la Generación del 37, particularmente los de **Juan Bautista Alberdi** y **Domingo Faustino Sarmiento**. La "**Causa Radical**" se oponía así al "**Régimen falaz y descreído**" como la encarnación de la Justicia y la Legalidad, frente al abuso, la desvirtuación del sufragio y la corrupción nepotista.¹³

El caudillo radical era Presidente por segunda vez desde octubre de 1928.¹⁴ En el mes de abril había aplastado en las urnas a sus rivales conservadores, socialistas y radicales antipersonalistas,¹⁵ en un verdadero plebiscito. Su arraigo popular, junto con su carisma romántico de conspirador moralista, le daban entre amplios sectores un prestigio que recordaba —sobre todo a los ideólogos liberales ortodoxos— al de Rosas. Su conducción personal y directa de los asuntos gubernamentales le había granjeado antipatías crecientes en el interior de su partido; sobre todo en aquellos que no creían en su autoridad y en su honestidad a toda prueba. Las prácticas clientelares —típicas de nuestra idiosincrasia— le habían permitido construir una maquinaria electoral de alcance nacional, que Yrigoyen manejaba con resolución, dogmatismo y una fuerte dosis de arbitrariedad.

IV

Pero el Radicalismo de este momento no era igual a aquel que se había amotinado contra los gobiernos del fraude entre 1890 y 1912. Esto puede observarse de modo muy claro tanto en su composición sociológica como en sus principios políticos básicos. En los años veinte, el partido había asimilado sectores pequeños burgueses y obreros urbanos, descendientes del aluvión inmigratorio. Era una expresión viva del progreso nacional y también —como es lógico— de sus profundas contradicciones. **Federico Pinedo**, uno de sus más enconados adversarios, nos dejó en sus memorias la siguiente y gráfica descripción: "Y no sólo la elección de 1928 era un plebiscito, sino un pronunciamiento de la plebe, de la masa popular desheredada que acompañó al caudillo con inequívoca decisión."¹⁶ Por otro lado, los sectores juveniles presionaban a favor de una superación de

la ambigüedad ideológica de la dirigencia que rodeaba al viejo líder, por medio de acciones e ideas políticas, entre las cuales sobresalía la defensa de la nacionalización del petróleo. Manifestaciones que, sin embargo, no pasaban, en 1930, de ser expresión de un pequeño grupo marginal dentro del aparato del Radicalismo a nivel nacional.¹⁷

La diferencia de votos que separaba al Radicalismo de las otras fuerzas políticas, expresaba cualitativamente el abismo que se había desarrollado y que se consolidaba entre dos coaliciones que, para 1930, ya estaban conformadas. Ese clivaje o alineamiento social y político, rompía la unanimidad de un país que, sin embargo, no se había caracterizado por una tranquilidad ejemplar en el último medio siglo. El hecho de que los intentos insurreccionales no hubiesen tenido éxito, no implicaba que desde 1853 la Argentina hubiese tenido una convivencia y un consenso político digno de imitar. Insistimos con la idea de que el mito de la victoria del **Progreso** sobre la **Anarquía**, y el de la **Paz Social** sobre la **Guerra Civil**, tan caro a nuestros liberales, no era más que eso, un mito, superado al momento de realizarse un análisis serio y profundo de la Historia Contemporánea de la Argentina.¹⁸

V

Pero ahora la Nación se encontraba a una encrucijada de carácter dual. En lo internacional era parte integrante de la Geopolítica Europea,¹⁹ léase una dependencia más del Imperio Británico, mientras que desde el punto de vista socioeconómico se inscribía —por voluntad propia— dentro del ámbito de dominio financiero de la Libra Esterlina. Una poderosa burguesía terrateniente —asociada al Capitalismo Global por lazos incluso de parentesco o por casamientos concertados a tal fin— concentraba la mayor parte de nuestra riqueza agraria e industrial. El Radicalismo gobernante desde 1916, no había querido ni deseado reestructurar las bases fácticas de este esquema de acumulación y desarrollo. La crisis llegaba sin que el partido oficial hubiese revisado —al menos superficialmente— la estrategia de inserción del país en el mundo, ni la matriz del programa alberdiano de 1852/53. Por el contrario, todavía era —en 1930— el alfa y el omega de su accionar político y administrativo. O al menos eso decía públicamente el Jefe del Estado. Había que romper con ambas plataformas; el Gobierno, sencillamente, no tenía respuestas.

Pero no sólo el Radicalismo se hallaba confundido e inerte frente al

desmantelamiento y disolución del programa fundacional de 1853. Los **socialistas y demócratas progresistas** también adscribían –lo habían hecho siempre– al mismo, de una manera casi religiosa. Como muy bien lo había resaltado **Don Arturo Jauretche**, la izquierda argentina nunca había podido romper los lazos que la unían con el mito de la Argentina “**republicana y próspera**”, heredado de la “**Línea Mayo Caseros**.”²⁰ A diferencia de **Alberdi, Mitre y Sarmiento**, que habían distinguido la diferencia entre sus sueños juveniles y el resultado práctico de los mismos, sus discípulos del ala progresista asumían –con escasa o nula capacidad crítica– todo el paquete sin beneficio de inventario. En su dogmatismo, se hallaban incluso en posiciones más extremas que sus adversarios radicales y conservadores, los que por lo menos habían tenido que lidiar con las limitaciones objetivas y realistas del ejercicio del poder.

Si se revisan algunas de las manifestaciones políticas más significativas, ésta oposición de izquierdas sorprende. Muchos discursos de líderes caracterizados de la misma, presentan una ortodoxa defensa del “**Mercado Libre**” y la “**división internacional del trabajo**”, bajo la justificación de mantener con ello bajo control los precios internos de los productos consumidos por los trabajadores rurales y urbanos (los socialistas), así como la alta rentabilidad de los chacareros de la Pampa Gringa (el demócrata-progresista). Ni siquiera en 1935, el entonces Senador De La Torre abjuraría de estos principios, al presentar ante la Cámara su informe sobre el famoso comercio de carnes. Allí sólo impugnaría el monopolio frigorífico, pero no la centralidad de esa producción en el conjunto de la economía nacional.²¹

Inclusive iba a ser notoria la complicidad de muchos líderes del Progresismo con los primeros pasos de la conspiración de 1930. El propio De La Torre, amigo personal del Teniente General José Félix Uriburu, se consideraría durante la campaña electoral de 1932: “heredero natural de la Revolución del 6 de septiembre de 1930.” Salvo excepciones, como las del mismo Juan B. Justo, por acción –Di Tomasso y Pinedo– o por omisión –Repetto, Palacios y otros– el socialismo argentino estuvo militantemente implicado –como veremos– en la campaña previa al alzamiento militar. Mezclados con antipersonalistas y conservadores y, lo más paradójico, también con los nacionalistas clericales y reaccionarios, se constituyeron en la cara de izquierda de un proyecto regresivo como el de Uriburu. Todo lo cual no implicó ningún programa alternativo frente a la crisis. Su prédica osciló entre un purismo moralista –de ribetes casi monásticos– hasta la fra-

casada promoción legislativa de proyectos convertidos en utopías, a falta del número necesario para poder convertirlos en Leyes de la Nación, con impacto real en la situación concreta de los más humildes.²²

VI

Y de este modo, el país se iba a acercar a 1930. Durante buena parte del año anterior –1929– el Gobierno de Yrigoyen simplemente se había dedicado a administrar la crisis, sin fuerza para motorizar la Ley de Nacionalización del Petróleo, dormida desde la gestión de Alvear (1922-1928), en un Senado de mayoría Conservadora. Los efectos de la situación de desequilibrio económico global, junto con el aumento de la violencia –movilizaciones estudiantiles, asesinatos políticos²³ y refriegas callejeras– no iban a mejorar el clima reinante ni a favorecer acuerdos de gobernabilidad, sino que, por el contrario, iban a fortalecer la posición golbista de la dirigencia opositora, dispuesta a producir una salida anticipada del poder por parte del Presidente –por juicio político, renuncia o alzamiento cívico-militar–, quien se refugiaba en un estéril y vacío mutismo, que demostraba que el viejo caudillo no comprendía –o parecía no comprender– que los fundamentos de su programa, el Mito del Progreso Indefinido, estaban sucumbiendo a manos de los vientos huracanados del Capitalismo Global.

VII

Ya hemos explicado –en el pequeño prólogo que antecede al presente trabajo– nuestro rechazo epistemológico a las interpretaciones liberales, nacionalistas y marxistas de la crisis del 6 de septiembre de 1930. Los fundamentos de esa crítica están en una manera de entender las ciencias sociales, completamente diferente del “Positivismo” y el “Cientificismo” marxista.²⁴ Desde el punto de vista metodológico creemos no en la multicausalidad, ni en la fuerza de los derechos naturales como motores del accionar humano, ni en el materialismo clasista, con su estrecha interpretación del Capitalismo. Nos gusta pensar al Hombre como sujeto complejo, contradictorio e imperfecto; libre para dirigir su propia vida, pero inmerso en un contexto que lo condiciona y que modela tanto su psicología como su conducta. Como en una oportunidad dijera Fernand Braudel ante el Colegio de Francia, en el verano de 1950: “Los hombres hacen la Historia, pero ella modela su destino.”²⁵ Rechazamos, por tanto, la unilateralidad casuística; le oponemos, a la manera del célebre historiador católico Henri Irenée Marrou, nuestra propia “Filosofía Crítica de la Historia”, en casi todo opuesta al determinismo de la Escuela Hegeliano-Marxista.²⁶

Pero aquí buscamos realizar un trabajo de Ciencia Política, y partiendo de Nicolás Maquiavelo²⁷ creemos –como él– en la autonomía fundamental de dicha disciplina. Como lo señalara Giovanni Sartor,²⁸ el estudio científico de la política surge en el momento en que Ciencia y Política se conjugan para darle certificado de existencia fáctica, no antes. Nuestro análisis es, así, politológico. Los conceptos que vamos a usar –Democracia Pluralista, Legitimidad, Partidos Políticos, etc.– pertenecen a la ya proficua literatura sobre Teoría Política, y pretenden alumbrar la Historia con un esquema flexible de interpretación hermenéutica que, sin embargo, no lesione –por imposición idealista– su realidad práctica y concreta: los hechos.

Muchos especialistas han definido –desde la postguerra– la “**Democracia Pluralista**”, pero una definición es ya un clásico: la de **Robert Dahl**.²⁹ No vamos aquí a glosarla, pero diremos que ella se caracteriza –básicamente– por tres indicadores principales: la elegibilidad de los principales cargos públicos, la pluralidad de opciones electorales y la limpieza de los comicios, que deben ser por lo tanto competitivos. No es una **Democracia Pluralista** o una **Poliarquía**, un Régimen que controla férreamente de modo

hegemónico los principales espacios de gobierno y legislativos; que monopoliza las alternativas sometidas al juicio de la población, aunque lo haga recurrentemente y a plazos; que violenta el resultado de las elecciones, por medio del fraude y la violencia estatal. No tiene –dicho Régimen– ninguna característica que lo habilite para figurar entre las democracias políticas, aunque sea formalmente legalista y se apoye en una Constitución.

Como bien lo ha señalado **Natalio Botana**,³⁰ la Argentina entre 1880 y 1916 no había vivido bajo un Régimen Democrático Pluralista. No eran las mayorías quienes a través del voto –sin limitaciones de ningún tipo– elegían a sus representantes, sino que ellos mismos mantenían en sus manos tanto la permanencia en los cargos públicos como la propia sucesión. La estabilidad institucional –tan festejada por algunos republicanos argentinos– era, pues, engañosa. El mismo Presidente Julio A. Roca lo sabía cuando en 1904 convocó a una “**convención de notables**” –apenas un centenar de caudillos locales, gobernadores y miembros del Congreso– para impedir el acceso al cargo a su principal crítico interno, el doctor Roque Sáenz Peña.³¹ La misma reacción antioquista de 1908-1912 es la expresión nítida de la incapacidad del Régimen Conservador para mantener bajo su control a la totalidad de los dirigentes que lo componían.³²

VIII

Las revoluciones radicales de 1890, 1893 y 1905 son, asimismo, intentos de “**derrocar**” por la vía de hecho a un régimen que impedía –deliberadamente– la competencia electoral libre. Por eso Yrigoyen iba a movilizar –con gran conocimiento de la puja política “criolla”– a las masas populares y de clase media, a favor de asonadas “cívico-militares”. Creía en la reiteración –esta vez fracasada– de mayo de 1810 y de febrero de 1852. Las Fuerzas Armadas representaban algo más que un apoyo “operativo” y de “coacción”, eran el resguardo último de la Patria, impedida de consumar su destino por la ambición de una oligarquía corrupta, liderada por hombres sin ética ni moral pública. Ecuación que varios lustros después sería usada en su contra.

Todo esto tiene, para nuestro tema, una gran importancia. En primer lugar porque están quienes creían –algunos conservadores y por supuesto, los nacionalistas– que la “**Legitimidad**” del gobierno de Yrigoyen debía ser cuestionada por su carácter mayoritario y popular, es decir: demagógi-

co. Entendemos aquí por **Legitimidad** "la justificación –jurídica, legal y/o ideológica– que se da en cada momento histórico al Régimen Político de turno y a las fuentes últimas de su poder."³³ Así, para los enemigos del caudillo radical –incluyendo a muchos correligionarios suyos– era necesario terminar con un Gobierno que no tenía una "**Legitimidad de Origen**" acorde con las condiciones de un país como la Argentina, poblado por una masa que era vista por ellos como inorgánica, ignorante y –en el caso de la inmigración– escasamente consustanciada con los valores nacionales.³⁴

Pero otros veían las cosas de manera distinta. Creían que la Ley Electoral de 1912 era en 1930 un hecho irreversible. Y con ella la activación política de las masas. Formalmente el país no podía –pensaban– ni debía retroceder, sino solucionar el problema de "**Legitimidad**" por una vía mucho menos radical que la abrogación del voto universal y secreto. El **Fraude Patriótico** era el instrumento adecuado para impedir –luego de un acto de fuerza que se hacía inevitable por la naturaleza de la crisis– el retorno de Yrigoyen y sus partidarios al Gobierno. La cuestión está en el **ocupante del rol** y no en el **rol mismo**, y mucho menos en el marco jurídico legal que lo sustentaba. Siguiendo el dicho popular, confiaban en que "**muerto el perro, iba a acabarse la rabia**."³⁵

Por lo tanto, lo que tenemos frente a nosotros –como objeto de estudio– es una típica "**crisis de autoridad**", que entre una minoría –activa pero marginal– es vista como de "**legitimidad**". Pero entre ambas visiones, operaba con fuerza el mito de la presunta estabilidad política reinante entre 1862 y 1916. Se buscaba –luego de un interregno De Facto– volver a las condiciones supuestamente imperantes hasta la asunción del cargo por Don Hipólito, las de una nación pacífica y progresiva, dirigida por una minoría culta y patriota, preocupada sólo por favorecer el bienestar material de todos por medio del más escrupuloso respeto al liberalismo económico. Pero en sí, impidiendo la demagogia y el anarquismo socializante a través de la obturación de la participación electoral masiva. En ello coincidían todos; en una palabra, en la reconstrucción de un mito, tomado –por un acto de voluntad– como realidad histórica perdida.

IX

Al mismo tiempo, y como ha quedado consignado en un trabajo anterior,³⁶ en las elecciones legislativas de 1912, donde la UCR demostró su

enorme potencia electoral, quedaba conformado un esbozo de Sistema de Partidos que, sin embargo, mostraba una conformación muy particular. Los radicales habían transformado su estructura de reclutamiento "**conspirativa**" en una maquinaria formada por una red de lealtades territoriales y personales, como nunca había existido en el país. Estaban identificados con su líder –aún de modo bastante homogéneo– y tenían a favor más de dos décadas de lucha. Su mística impecable y la autoridad centralizada en un líder con real "**carisma**" entre los humildes, le otorgaban un plus que ningún adversario tenía en 1912-1916. Su programa –como ya vimos– no tenía un respaldo demasiado formalista, pero el "**civismo**" y la militancia de sus miles de seguidores se hallaban recostados en la esperanza de tener la meta al alcance de la mano. Yrigoyen los había convencido de que con "**sufragio libre**", el Radicalismo sería una enorme mayoría.

Frente al Radicalismo aparecían dos fuerzas opositoras a ambos lados del espectro político. A la derecha los **Conservadores**, que desde 1904-1908 estaban irremediabilmente fracturados. El Roquismo subsistía aún en algunas provincias, en franca retirada, con su jefe natural completamente aislado y en los últimos meses de su vida. Roca había visto –antes que nadie– el triste fin de su carrera, y en el fondo estaba convencido de que con la Ley de 1912, la UCR llegaría al Gobierno. Marcelino Ugarte en la Provincia de Buenos Aires alistaba al poderoso conservadurismo del distrito, para dar batalla interna al Presidente Roque Sáenz Peña y sus partidarios en todo el país, de cara a las elecciones de 1916. Esta derecha –la única realmente orgánica que tuvo la Argentina– fracasó, no obstante, en un doble sentido: no había podido mantener la unidad y al mismo tiempo se había resignado a mantener un gran faccionalismo localista. Es decir, no había querido, sabido o podido convertirse en **Partido de Masas**. A partir de entonces su real estructura iba a ser el **Partido Militar**.³⁷

En lo que hace a las fuerzas "**conservadoras**", cabe señalar la emergencia de un partido político nuevo originado en sus filas: el **Demócrata Progresista**. Su líder, el Doctor Lisandro De La Torre, era un tribuno fervoroso y valiente, que desde su juventud había militado a favor de la libertad económica y la limpieza del sufragio. Personalmente, era la encarnación viva del país soñado por **Domingo Faustino Sarmiento**, un remedo pujante y joven de los Estados Unidos. De La Torre representaba a una derecha moderna, que no vela las razones por las que el Régimen seguía obstinándose en mantener bajo control la competencia electoral y los mecanismos sucesorios. Al igual que **Sarmiento**, consideraba imprescindible abrir los cau-

ces de la participación al Pueblo –a pesar de los desafíos que ésto implicaba– para dotar de legitimidad a un sistema que en lo fundamental había sido progresivo y beneficioso para la Nación. Quería conformar una estructura competitiva y abierta de líderes regionales y locales, que pudieran coincidir en una fórmula común para 1916. Veía, pues, en el faccionalismo, el principal problema de los liberales argentinos. Además quería ser Presidente y, algo no poco importante, tenía una gran inquina personal contra Yrigoyen, con quien había tenido disputas personales en su juventud.³⁸

Finalmente estaban las izquierdas, y principalmente el **Partido Socialista**. Su fundador era un médico culto e intelectualmente formado, que en 1890 se había sentido fascinado por la personalidad y el estilo de Leandro N. Alem. Juan B. Justo soñaba con la construcción de un Socialismo a la alemana –moderado y liberal– que tuviera como sostén a los trabajadores industriales de las grandes urbes –Buenos Aires y Rosario– y a los sectores pequeño burgueses con alguna inclinación social. En 1896 había fundado una fuerza política nueva que –como el Laborismo Británico– pretendía orientar sus esfuerzos en tres frentes simultáneos: el electoral legislativo, el sindical y el del corporativismo. En 1904 Alfredo L. Palacios –un excéntrico abogado de la Boca, un barrio de la zona Sur de la Capital– había sido elegido diputado nacional por el socialismo, el primero de América. Los socialistas realizaban –sobre todo– lo que despectivamente llamaban “la política criolla”, esto es el comité, el caudillismo y los favores personales. Pensaban que la limpieza del sufragio los favorecía, en tanto que los obreros y las clases medias podrían romper los cerrojos del personalismo radical y el corrupto manejo del poder realizado por los conservadores.³⁹

X

No hay que olvidar aquí la existencia de dos movimientos que claramente se hallaban enfrentados al Sistema Político imperante, no ya desde la crítica a la autoridad hecha a partir del sufragio o la personalidad de tal o cual dirigente, sino pensada desde una impugnación total a los valores de la Argentina posterior a 1880: los **anarquistas** y los **nacionalistas**. Ambas expresiones desconocían la “Legitimidad Democrática” y la “competencia electoral” por motivos bien distintos. Para los primeros, eran un obstáculo para el desarrollo de una sociedad libre, en la que el individuo, en cooperación con sus pares, pudiera realizarse plenamente, sin coerciones ajenas

a sí mismo, ni privadas ni estatales. Para los segundos, las elecciones y la Democracia, eran –sencillamente– la antesala de la anarquía y de la revolución comunista. Una tradición liberal a los valores tradicionales de la Argentina: católicos e hispánicos.⁴⁰

El **Anarquismo** era muy poderoso en el país. El aporte inmigratorio había sido decisivo en su conformación durante los años finales del siglo XIX. Españoles, italianos y europeos del Este militaban en sus filas, dedicadas a la acción sindical, la agitación callejera y el asesinato político.⁴¹ Entre los obreros industriales y rurales del Interior tenía cierto influjo romántico, que le había permitido crecer mucho en Buenos Aires, Rosario y la Patagonia. En 1919 se hallaban detrás de la sublevación conocida como la “**Semana Trágica**”, donde el Ejército –conducido por el yrigoyenista Teniente General Dellepiane– los había reprimido con desusada crueldad, con el apoyo de grupos paramilitares de derecha, protegidos por la policía y los sectores reaccionarios del Conservadurismo. Hechos que volverían a repetirse en Santa Cruz en 1921, cuando fuerzas militares fusilaron a varios jefes durante una protesta gremial.⁴²

En cuanto a los nacionalistas, hay que consignar dos elementos principales. Constituyen, antes que nada, una corriente intelectual. Su prisma interpretativo de la historia del país señalaba el enfrentamiento entre dos cosmovisiones ideológicas y culturales: el Liberalismo, de origen protestante y anglosajón, y el Nacionalismo, católico y español. Veían en los miembros de la Generación del 37, particularmente a **Sarmiento** y a **Mitre**, como la encarnación de un modelo de país completamente alejado de su esencia hispánica, una colonia del imperialismo inglés. Frente a los organizadores de la Nación Liberal estaba Rosas, el líder popular perseguido y proscripto, que en el siglo XIX había resistido con éxito la agresión anglo-francesa en alianza con Brasil y los unitarios de Montevideo y la Argentina, exiliados allí. Para los años veinte, su figura más importante era el poeta, dramaturgo y escritor –de origen anarquista– **Leopoldo Lugones**, quien en 1924 en Lima, Perú, durante un homenaje a la victoria de Bolívar y Sucre en la batalla de Ayacucho, había anunciado –sin tapujos– la “**Hora de la Espada**”, un desesperado intento por empujar a los militares a intervenir en política para impedir la disolución nacional de las jóvenes repúblicas de Iberoamérica, supuestamente amenazadas por **liberales** y **socialistas**.⁴³

En segundo lugar, tenían una influencia notable en sus ideas dos corrientes intelectuales europeas: el Monarquismo Conservador Francés y el

Romanticismo Hispanista de la Generación del 98 en España.⁴⁴ Para ellos la Modernidad, tanto en su versión liberal como marxista, había separado a los pueblos del Occidente Católico de su verdadero destino: la defensa de la Fe y su propagación entre los infieles. España había inficionado en América su cultura católica, y era un deber moral impedir que la misma se extraviara detrás de los sueños utopistas y materialistas del modernismo laicista. Tradición, orden y catolicidad, eran la plataforma de una visión política ingenua y profundamente elitista. Los sectores populares debían ser constreñidos dentro del molde del caudillismo decimonónico, pues si se los dejaba de participar libremente a través de sindicatos, partidos y elecciones, sólo sabrían destruir la paz social con demagogia o sueños igualitaristas y revolucionarios. Las estructuras jerárquicas de la Iglesia Católica, cerrada mente opuestas a la secularización y el ateísmo modernizante, alimentaban al nacionalismo con una prédica integrista y conservadora que serviría –además– para recuperar el terreno perdido a partir de 1880.⁴⁵

XI

Para concluir la presente sección, diremos que en 1912-1916 ya se vislumbraban tres elementos que –desde lo político– iban a incidir sobre la situación del Gobierno Radical en el interregno 1928-1930. Primero, una **legitimidad débil y ambigua** de la democracia pluralista. Los **conservadores** –en su fracción más tradicionalista– creían imposible permitir la participación electoral de las mayorías, sin poner seriamente en riesgo todo lo conseguido en los últimos cuarenta años. Desconfiaban de los inmigrantes por sus tendencias “**anárquico-socializantes**”, y de los criollos pobres por su tradición “**anárquico-montoneril**”. Preferían continuar obturando su salida política, a pesar de las evidencias de que el Régimen ya no resistiría demasiado tiempo. Los **anarquistas** y **nacionalistas** ni siquiera creían en la **legitimidad formal-constitucional** del liberalismo político de 1853. Mientras que para los opositores socialistas y demo-progresistas, el personalismo y la demagogia radicales impondrían una competencia electoral limpia, por lo tanto, habría que expulsar a Yrigoyen del poder si se deseaba construir una verdadera democracia de partidos.

En segundo lugar, la competencia electoral estaba peligrosamente sesgada por las percepciones tácticas de los principales actores. Era claro que muchos líderes opositores creían que, fuera del Estado, incapaz de uti-

lizar la prebenda y el favoritismo nepotista, el Radicalismo desaparecería como partido organizado. **Socialistas y demo-progresistas** creían encontrar allí una oportunidad enorme para sus aspiraciones futuras. Yrigoyen había impedido –con su presencia disruptiva– pensar un esquema de competencia más “**racional y europeo**”, con conservadores democráticos, liberales laicistas y socialistas moderados. La “**crisis de autoridad**” permitiría sacar al ocupante del poder, sin poner en tela de juicio el orden establecido. La “**política criolla**” sería derrotada y, sin el Roquismo y el Yrigoyenismo, la competencia electoral limpia podría ser funcional a la construcción de un país genuinamente moderno y democrático. La táctica –el golpe institucional– se reconciliaba con la estrategia –la consumación de un país como el soñado por los padres fundadores– Mayo y Caseros, desvirtuado por la ambición personalista y el egoísmo de ciertos hombres y ciertos grupos.

Finalmente, la vigencia del “**mito del progreso indefinido**” condicionaba las respuestas políticas de todos frente a la crisis. Ningún partido opositor, ni siquiera el **anarquismo** y el nacionalismo, tenían disponible un programa de gobierno alternativo. Iban desde el ataque personal hasta el principismo ideológico; el romanticismo heroico y la difusión de una moral civilista con cierto sesgo ascetista. 1853 era el Norte. Ninguna innovación económica, social y política era necesaria. La riqueza argentina garantizaría una salida rápida del problema y, en todo caso, estaba Europa, que nunca permitiría que el país se hundiera en el caos o la pobreza; sencillamente, porque lo necesitaba. Aquí la “**democracia pluralista**” y la “**competencia electoral**” eran algo que vendrían solas, una vez que la Argentina retomara su rumbo perdido. Extraño consenso materialista que iba a conducir, en breve, a un Golpe Militar oligárquico, con aspiraciones retóricamente democráticas, en contra de un partido popular.⁴⁶

XII

Vamos a analizar ahora, siempre desde un punto de vista politológico, la caída del Presidente Yrigoyen. Distinguiremos, a través del correspondiente estudio hermenéutico, dos elementos básicos de los que ya hemos estado hablando: la crisis de legitimidad y la abdicación de los partidos políticos democráticos. Además nos acercaremos a un fenómeno nuevo que tiene, no obstante, un viejo arraigo en la cultura política española: el surgimiento del **"Partido Militar."**⁴⁷ Nos interesará dejar claras dos consecuencias inmediatas del golpe: el faccionalismo creciente de las Fuerzas Armadas y la legitimidad de los gobiernos surgidos de éste. Elementos que van a marcar la historia del país, por lo menos hasta 1945-1946.

El año 1930 comenzaba con una serie de problemas muy graves para el Radicalismo oficialista. En primer lugar se destacaba el resultado de las elecciones de marzo, en donde los partidos de la oposición se anotaban importantes triunfos en algunas provincias. En Córdoba⁴⁸ ganaban los **demócratas-nacionales** –conservadores– que habían aumentado considerablemente el número de votos con relación al mes de abril de 1928. En la Capital Federal, el Yrigoyenismo –sorpresivamente– había sido derrotado por la facción **"independiente"** del Socialismo.⁴⁹ En el total general de toda la República, el Gobierno retrocedía en más de 200.000 sufragios.⁵⁰ Era evidente que seguía siendo mayoría, pero también lo era el que, sin correcciones, su futuro fuera por lo menos incierto. En Mendoza el asesinato de Lencinas había provocado la intervención federal, pues la situación era de un Estado de guerra civil latente, lo mismo que en San Juan, donde los hermanos Cantóni –Federico, Aldo y Cosío– eran durísimos opositores del Presidente, pese a su origen radical.⁵¹ El **Bloquismo**, por su anti-personalismo, terminará jugando –objetivamente– a favor del Golpe. Lo mismo que el grupo antipersonalista de Entre Ríos, dirigido por Eduardo Laurencena.

El Gobierno estaba paralizado. El Presidente de la República se encontraba rodeado de una corte de adulones y obsecuentes, que mantenían a su alrededor una sorda y hostil disputa sucesoria. Se había llegado incluso a vender entrevistas con el anciano caudillo, cuya tolerancia natural a estos manejos se iba a ver agravada por una fatiga mental creciente, una lentitud exasperante en la resolución de problemas y un inmovilismo que asom-

braba en un político con la experiencia de Don Hipólito. Dos ministros –Elpidio González (Interior) y Julio Oyhanarte (Relaciones Exteriores)– peleaban por el control de la estructura electoral del UCR en un ballet de intrigas que involucraba hasta el mismo Vicepresidente Enrique Martínez. Será otra vez **Roberto Etchepareborda**⁵² quien demostrará la vinculación que existía entre estos personajes y algunos golpistas caracterizados, que rodeaban al ex Ministro de Guerra **Agustín P. Justo**.

XIII

Este conocido oficial del Ejército era una **"rara habis"** dentro de la institución. Como ingeniero civil había pasado varios años dentro de los claustros Universitarios, donde había entablado relación con muchos hombres eminentes y reconocidos. Se consideraba parte de la UCR, por lo que nadie se había extrañado en 1922 cuando sorpresivamente Alvear lo nombró Ministro. Tenía gran prestigio profesional y, como ex Director del Colegio Militar de la Nación, retenía en sus manos un fuerte predicamento entre oficiales jóvenes. Su marcada vocación política lo había acercado a los líderes opositores, muchos pertenecientes al anti-personalismo. En 1930 era una figura de reserva, que esperaba el desarrollo de los acontecimientos. Algo era evidente: sus puntos de vista no podían ser ignorados.⁵³

La otra personalidad descolante del Ejército era el Teniente General José Félix Uriburu. Con un apellido de raigambre tradicional y oligárquica, este jefe era el paradigma del oficial profesionalista; como Inspector General del Arma, había recorrido el país visitando unidades y hablando con sus jefes. De carácter enérgico y personalidad avasallante, su estilo agresivo y sus decisiones arbitrarias no habían impedido que muchos lo creyeran la expresión viviente de las virtudes del militar argentino. Uriburu estaba formado en la **"escuela germana"** gracias a su paso por la Alemania del Kaiser Guillermo en los años previos a la Gran Guerra (1914-1918). En 1890 había participado de la **Revolución del Parque** como lugarteniente del General Campos, y allí entabló una sólida amistad con el líder de la democracia progresista, Lisandro De La Torre. Ahora se había convertido en un conservador de derechas, tradicionalista y ultramontano; admirador de la dictadura española de Primo de Rivera y enemigo acérrimo de Yrigoyen, a quien odiaba por su estilo **"demagógico"** y sus maneras **"populistas"**. Según su curiosa interpretación, la Argentina se dirigiría velozmente hacia el Comunismo,

como lo demostraban los acontecimientos de 1919 y 1921, en Buenos Aires y la Patagonia.⁵⁴

XIV

Una fuerte diferencia de proyecto separaba a ambos generales. Justo propulsaba una **revolución cívico-militar**, en combinación con los partidos políticos caracterizados como **"anti-yrigoyenistas"**: radicales anti-personalistas, socialistas independientes, conservadores, leñinistas y bloquistas. Pero veía a la misma dentro del marco de la Constitución. Creía que el país transitaba por una **crisis de autoridad**, en la que el problema se hallaba radicado en el **"ocupante de la presidencia"**. Consideraba que, como en 1890 con el desplazamiento del Presidente, todo volvería a sus naturales carriles, lo que permitiría que hubiese de inmediato una convocatoria a elecciones en las que él pudiera presentarse.

Uriburu, por el contrario, estaba convencido de que el Radicalismo era el emergente de una profunda crisis de legitimidad. Él y los conservadores que lo rodeaban creían que la ley electoral de 1912 había sido un terrible error. La amenaza que el Anarquismo y el Socialismo representaban tenía que ser prevenida y curada por la intervención de los "mejores hombres", inspirados por un sentimiento nacionalista auténtico, capaz de devolver al país a su senda de crecimiento y desarrollo. El Presidente Yrigoyen ya había demostrado sus debilidades en muchas situaciones críticas, por lo que no era confiable para gobernar una Nación asediada por unas masas inorgánicas, ignorantes y seducidas por el **"Bolchevismo Maximalista."** En una palabra, Uriburu quería cambiar la Constitución Liberal de 1853 por otra corporativa, similar a la que en 1928 **Calvo Sotelo** había pensado para España.⁵⁵

Veamos algunos testimonios que nos ayudarán a aclarar los distintos puntos de vista. El Teniente Coronel **José María Sarobe**, principal lugarteniente del General Agustín P. Justo, escribió: "El objetivo de la revolución era, por consiguiente, los hombres y no las instituciones, ni los partidos".⁵⁶ Mientras, **Carlos Ibarguren**, futuro Interventor Federal en la Provincia de Córdoba durante la dictadura del Teniente General Uriburu, confesaba lo que este último le había dicho antes del Golpe: "Mi plan es una revolución verdadera, que cambie muchos aspectos de nuestro Régimen Institucional, modifique la Constitución y evite que se repita el imperio de la demagogia

que hoy nos desquicia. No haré un motín en beneficio de los políticos para cambiar hombres en el Gobierno, sino un levantamiento trascendental y constructivo con prescindencia de los partidos".⁵⁷

Para Justo y los partidos anti-yrigoyenistas que lo acompañaban en la conspiración —la futura Concordancia— el problema empezaba y terminaba con el Presidente de la República; Uriburu corporizaba, en cambio, una tendencia política totalmente opuesta, que buscaba erradicar —por la vía revolucionaria— los efectos negativos de la Ley Electoral de 1912. **Ernesto Palacio**, un notorio intelectual del Nacionalismo, había escrito en el Diario La Nueva República pocos días antes del Golpe: "La solución del país no puede esperarse de los profesionales del sufragio universal, por la sencilla razón de que él mismo, en la forma prescrita por la Ley Sáenz Peña, nos ha traído a la situación que padecemos. La solución sólo puede venir de un movimiento de opinión contra el Régimen y del establecimiento en la Casa Rosada de un Gobierno Nacional no partidario"⁵⁸, lo que fue ratificado por **Julio Irazusta** en el mismo número de ese Diario, cuando escribió: "Los elementos burgueses, de origen radical, comenzaron a retirarse abrumados y repugnados. Yrigoyen se quedó con el pueblo cada vez más frenético y con un puñado de aristócratas que nunca se asustan de los movimientos populares".⁵⁹

Aquí tenemos en diénes al **"Partido Militar"**. La oficialidad que conducía por entonces al Ejército, había llegado a la conclusión de que tenía el deber de intervenir en la vida política e institucional, como la última reserva de la Nación en armas. Las revoluciones cívico-militares, insistimos, no eran una novedad en la Argentina. En 1852 el jefe de Operaciones del Ejército de la Confederación había derrocado a Rosas; en 1874, Mitre se había **"pronunciado"** contra la elección de Nicolás Avellaneda como Jefe de Estado, con el apoyo de muchos oficiales de su confianza; 1890, 1893 y 1905, habían repetido la fórmula, a través de una profunda politización de las instituciones castrenses, por un Radicalismo que quería que las mismas fueran la garantía final de la limpieza del voto y de su triunfo en las urnas. Yrigoyen confiaba en un grupo de militares amigos entre los que descollaba el Teniente General Luis Dellepiane, Ministro de Guerra. Ellos lo habían acompañado en su lucha civilista, y le daban tranquilidad ahora que estaba en el Gobierno. Premios, prebendas y ascensos les habían abierto el camino hacia la cúspide a muchos cuyo único mérito era el de ser radicales.⁶⁰

Resumiendo, dos concepciones diferentes sobre la crisis política se hallan presentes entre los grupos opositores cercanos al Ejército. Los partidos anti-yrigoyenistas mantenían contactos muy fluidos con el General de División Agustín P. Justo. Creían que el Golpe debía cumplir sólo una función correctiva, desplazando del cargo al Presidente y abriendo un espacio de **"provisionalidad"** que permitiera la realización de elecciones, con proscripción de la UCR oficialista. Coincidían todos –civiles y militares– en la necesidad del **"alzamiento"**, pero sin modificaciones de fondo al marco constitucional de la Argentina. La crisis era de **autoridad**, producida por la incompetencia y la demagogia del **ocupante** de la Presidencia. Para los uriburistas –nacionalistas y conservadores de derecha– la **crisis de autoridad** no era más que la manifestación, el epifenómeno de una crisis más vasta, pues lo que ocurría en el país era parte de la desintegración de la etapa liberal-democrática a nivel global. Todo un sistema de dominación y su régimen político, se estaban derrumbando.

XV

Agosto será el mes en el que van a acelerarse los acontecimientos. Los partidos políticos denunciaban que la Provincia de Entre Ríos, gobernada por la UCR anti-personalista, estaba a punto de ser intervenida. Con motivo de ello, el día 10 publicaban el famoso **"Manifiesto de los 44"** (dirigentes conservadores y socialistas independientes), en La Nación. Allí se puede leer: "coordinar [...] la acción opositora fuera de las Cámaras, en todos los distritos para difundir en el Pueblo [...] el conocimiento de los actos ilegales del Poder Ejecutivo."⁶¹ Entre muchos de esos actos se denunciaban: la preparación de un fraude gigantesco en San Juan, valiéndose de los interventores federales; violentación de los comicios cordobeses, que supuestamente tendrían el objeto de desplazar del escenario a los **"demócratas"**. En otro manifiesto, que sale el 21 de agosto en La Nación, veintiún senadores y diputados anti-personalistas, anunciaban: "un plan de acción encaminado al logro de los propuestos enunciados: un gobierno constitucional y democrático."⁶² Los estudiantes se lanzaban a convulsionar el ritmo de la actividad académica, detrás de una prédica izquierdizante, declamatoria y –muchas veces– vacua. El **Reformismo**, que tanto le debía a Yrigoyen, va a calificarlo de **"senil y decrepito"**.

Muy interesante resulta la actitud de los partidos de izquierda y del mo-

vimiento obrero. Si bien el **Socialismo** no participaba de la **"conspiración cívico-militar"**, el diputado Nicolás Repetto realizaría en la Cámara de Diputados un duro discurso en contra del Presidente de la Nación, advirtiéndole sobre las terribles consecuencias de su continuidad, en lo que era casi un **ultimátum**. El pequeño Partido Comunista, de cierta influencia en medios obreros de la Capital, caracterizaba a Yrigoyen como: **pre-facista**. Los sindicatos se esfumaban en un silencio hosco y desprevenido. La **Unión Sindical Argentina (USA)** y la **Comisión Obrera Argentina (COA)**, parecían no tener nada que agregar a un escenario cargado de incertidumbre. La **Federación Obrera de la República Argentina (FORA)**, anarquista, que había sufrido el grueso de la represión de 1917-1921, al menos contaba con un justificativo para no oponerse a una conspiración que, con seguridad, resultaría terrible para sus intereses políticos y organizacionales.

Las entidades empresarias tampoco se mostraban neutrales. En un duro memorial, la **Sociedad Rural Argentina (SRA)**, la **Bolsa de Cereales**, la **Unión Industrial Argentina (UIA)** y la **Confederación Argentina de la Industria y la Producción**, criticaban al Gobierno por su inacción frente a lo que consideraban una situación económica muy grave. Eran los efectos de la crisis capitalista los que golpeaban con fuerza a los exportadores, que no podían colocar sus excedentes a precios aceptables. La industria –vinculada a la producción agropecuaria– también se estaba resistiendo; mientras, Yrigoyen se obstinaba en mantener –a rajatabla– un liberalismo ortodoxo, que no impedía la desaceleración de la demanda externa y de los valores relativos de cereales y carnes.

XVI

Pero sería el 2 de septiembre, con la renuncia –largamente anunciada– del Ministro de Guerra, Teniente General Dellepiane, el momento desencadenante del Golpe. El texto de su dimisión constituía – viniendo de quien venía– una verdadera bomba. Allí denunciaba la incapacidad del Presidente –su amigo– para manejar la crisis; notificaba –abiertamente– al Gobierno del que había formado parte, de la revuelta en diurnes; alzamiento que él, como Ministro, no había podido ni querido impedir. Pese a conocerla, evidentemente con mucha antelación,⁶³ aquí seguramente Don Hipólito se habrá dado cuenta –estamos especulando– de los resultados negativos de su politización sistemática del Ejército. Un jefe adicto, un supues-

to defensor de la Causa, se corría de su puesto para facilitar el accionar de los conspiradores **justistas** y/o **uriburistas**. En fin, de sus camaradas. Dellepiane estaba iniciando una tradición que iba a perdurar por décadas en las Fuerzas Armadas Argentinas, la de la subordinación de los oficiales a sus mandos jerárquicos y no a la Constitución Nacional y al Comandante en Jefe, el Presidente de la Nación.

Roción el 5 de setiembre se iba a producir el acuerdo entre las dos facciones golpistas. Los enviados de Justo, los Tenientes Coroneles Bartolomé Descalzo y José María Sarobe, habían iniciado la negociación con el Teniente General Uriburu, con el fin de armonizar los términos del Pronunciamiento. Ambas partes iban a terminar cediendo en sus aspiraciones y consensuando la redacción de un Manifiesto al Pueblo de la República, redactado originalmente por el poeta **Leopoldo Lugones**. **Robert A. Potash** ha descrito estos acontecimientos con las siguientes palabras: "Al aceptar la decisión del General Uriburu de asumir la Presidencia Provisional, el grupo acaudillado por Justo renuncia a la idea de que el Presidente del Senado (un civil) ocupe ese puesto."⁶⁴ Lo que indica que, hasta el final, el Justismo intentó reducir los riesgos de un desvío institucional, al máximo posible. No obstante, podemos leer en el texto final de la proclama, corregida, lo siguiente: "El Gobierno Provisional, inspirado en el bien público y evidenciando los patrióticos sentimientos que lo animan, proclama su respeto a la Constitución y a las Leyes Fundamentales de la República, y su anhelo de volver cuanto antes a la normalidad, ofreciendo a la opinión pública las garantías absolutas a fin de que, a la brevedad posible, pueda la Nación, en comicios libres, elegir sus nuevos y legítimos representantes."⁶⁵ Un discurso que los argentinos escucharíamos repetidamente durante décadas.

En conclusión, Uriburu, que el 30 de agosto había creído que en soledad fracasaría, se iba a terminar conformando con aquello que manifestaría ante **Carlos Ibarguren**: no querer un simple motín en beneficio de los políticos.⁶⁶ Justo, que confesaba su satisfacción ante sus colaboradores por esta actitud moderada del general nacionalista, parecía estar conforme con el papel de "subalterno", no obstante haberle dado al alzamiento el contenido más acorde con sus designios.⁶⁷ Así quedaba diseñado –en la noche del 5 de setiembre– el escenario que caracterizaría la vida política nacional en los siguientes veinticuatro meses. Por un lado, los conservadores ortodoxos y los integristas admiradores de la derecha español, pugnando por for-

zar los límites impuestos a sus objetivos, por la tradición liberal y constitucionalista heredada de los acontecimientos de 1852-1880. Por otro, un perspicaz oficial civilista, acostumbrado por un elenco de hombres procedentes de muchas corrientes diversas –radicales, liberales, conservadores y hasta socialistas– dispuestos a acordar la formación de una alianza que impidiera el retorno de Yrigoyen y sus partidarios al poder: la futura Concordancia.

En la madrugada del 6 de setiembre de 1930, el Teniente General José Félix Uriburu, vestido con uniforme y armado, se presentaba en la guarnición de Campo de Mayo, al frente de 1500 hombres, la mayoría cadetes del Colegio Militar de la Nación. Ya convertido en el **Jefe Operativo** del Golpe iniciaba, a paso marcial, su marcha hacia la Casa Rosada, prácticamente sin operaciones relevantes –ni castrenses ni civiles– que lo molestaran.⁶⁸ Yrigoyen, tardíamente, delegaba el mando provisionalmente en el Vicepresidente Martínez, cuyos contactos con los golpistas –como ya apuntáramos– habían sido muchos en los últimos días. El Jefe de Estado, pues, no renunciaba, sino que dejaba en manos de su segundo el control administrativo, para trasladarse a su domicilio particular –en la calle Brasil, en Capital Federal– desde donde más tarde viajaría a La Plata, acompañado por Julio Oyhanarte. Allí iba a presentarse ante los oficiales del 7° Regimiento de Infantería, con fiado en su supuesta lealtad; fue en vano, porque al terminar el día, ninguna unidad del Ejército iba a pronunciarse en su defensa. Ante el fracaso de su "**resistencia al golpe**", presentó allí su "**renuncia absoluta**" a la Presidencia de la Nación.

Los hechos relativos merecen –por su significación– algunas reflexiones. La primera conduce a afirmar una evidencia rotunda: una minoría periférica de oficiales en activo había llevado adelante la operación de marcha sobre el centro geográfico del poder; la mayoría silenciosa había dejado actuar, sin sostener –como era su obligación– al Presidente. Es que Justo controla la mayoría de las unidades con poder de fuego, al menos en la Capital y sus alrededores. La segunda apunta al profundo desconocimiento de la realidad militar por parte de Yrigoyen, un hombre que –lo decimos una vez más– había hecho de la "**radicalización**" de los hombres de armas, uno de los soportes de su construcción política. Viaja a La Plata –como en 1893– creyendo que esa ciudad –cuna de su poderoso magnetismo de conspirador romántico– lo apoyaría con una movilización cívico-militar que terminaría –de un golpe– con la minoría reaccionaria que

había iniciado el alzamiento pocas horas antes. No comprendió lo que estaba sucediendo en el país, y por lo tanto fue incapaz de proceder correctamente y con eficacia.

XVII

Vamos a cerrar éste capítulo con las opiniones vertidas el 9 de setiembre por el señor **Ronald Maclay**, funcionario de la Embajada Británica en Buenos Aires, en un informe remitido a Londres sobre los últimos acontecimientos vividos en el país. Leemos: "La aparición de los decretos (delegación y estado de sitio) en vez de apaciguar a la opinión pública, crearon una situación aún peor. El primero fue interpretado, yo no dudo de que esa fuese su intención real, como que el Presidente sólo había delegado provisionalmente su autoridad y que no había renunciado definitivamente"⁶⁹; es que la Embajada británica creía –coincidiendo con el General Justo–, que el país pasaba por una "**crisis de autoridad**" y, dado que: "el señor Yrigoyen se empeñó en continuar siendo Presidente, hubo que actuar militarmente."⁷⁰ Terminaba **Maclay**: "Resulta difícil culparlos –a los golpistas– porque si se tiene en cuenta que todos los países sudamericanos carecen de control y equilibrio entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo, tal como existe en los países con sistemas constitucionales bien desarrollados, es difícil comprender que cuando se da el caso de un Presidente egocéntrico y obstinado como Yrigoyen, que no quiere reconocer que ha perdido la confianza y el apoyo de la mayoría de sus ciudadanos, no hay medidas constitucionales para privarle del poder, excepto por medio de las Fuerzas Armadas."⁷¹ Era evidente que, para los británicos, nuestra Constitución adolecía de fallas en los casos de "**crisis de autoridad**" y, por lo tanto, la deposición por la fuerza del Presidente no afectaba la esencia de la misma. Simplemente quedaban interrumpidas las normas de sucesión. Curiosa y singular Teoría Política, elaborada por los diplomáticos de una de las más importantes democracias de Europa.⁷²

La Dictadura

XVIII

La etapa que se inició con la asunción del Teniente General Uriburu como "**Dictador Provisional**", fue un momento crucial en la vida del país. Las condiciones económicas y financieras del mundo –golpeado por la Crisis de 1929– influyeron internamente, condicionando a un Gobierno que no contaba con el respaldo de la mayoría, pero que era mirado con esperanza por una parte no menor del Pueblo, descontento con lo que consideraba un pésimo desempeño del Radicalismo Yrigoyenista en relación, sobre todo, con la etapa de Alvear. El nuevo Jefe del Estado tenía frente a sí dos desafíos convergentes en materia política: el mantenimiento de la Coalición Golpista con Justo y los partidos que lo seguían, y la implementación de las reformas institucionales de fondo que habían motivado a conservadores ortodoxos y los nacionalistas a buscar el alzamiento cívico-militar como única alternativa posible.

Desde Córdoba, el nuevo Interventor Federal, Doctor **Carlos Ibarguren**, hacía oír su voz en una conferencia ante sus partidarios. En la misma se expresaba extensa y elocuentemente sobre la esencia del Radicalismo. Venalidad, servilismo, demagogia, politiquería y corrupción popular. Para el orador –un furibundo nacionalista partidario del orden y la Fe católica– la "**Revolución**" debía ser la antítesis de mal descrito, porque: "Uno de los anhelos que animan al contenido de (la misma), es el de que el Estado actúe por medio de los representantes genuinos de los intereses sociales en todas sus capas, evitando que el profesionalismo electoral, que nada tiene que ver con el valor, acapare el gobierno y no se interponga entre éste y las fuerzas vivas y trabajadoras del país..."⁷³ Esto lo iba a repetir el Dictador en un discurso el 1 de octubre: "...cuando los representantes del Pueblo dejen de ser meramente los representantes de los comités políticos y ocupen las bancas del Congreso obreros, ganaderos, agricultores, profesionales, industriales..."⁷⁴

Pero iba a ser el Ministro del Interior, **Matías Sánchez Sorondo**, quien iba a encargarse de presentar las "**soluciones institucionales**" al resto de los actores políticos relevantes, léase el Justismo y sus aliados **concordancistas**. Este dirigente conservador de la Provincia de Buenos Aires, estaba convencido que la Ley Sáenz Peña representaba un enorme retroceso para la so-

ciudad argentina. Catorce años de **"Democracia Populista"** habían –según su concepto– desvirtuado el espíritu fundacional de la República: un gobierno de los mejores en beneficio de todos. Las masas –inmigrantes y criollas– no tenían ni la cultura ni la posición social adecuada para el ejercicio pleno de sus derechos políticos, y por eso habían terminado apoyando a un caudillo corrupto, personalista y demagógico. Sánchez Sorondo expresaba muy bien el pensamiento de muchos líderes conservadores de Iberoamérica y Europa, preocupados por los efectos nocivos de las sociedades urbanas, secularizadas e industriales, nacidas al calor de la Modernidad. Creían que ellas eran la antesala del maximalismo bolchevique y de la anarquía civil. En esto se diferenciaban del Fascismo, que en el fondo –como bien lo entendía Mussolini⁷⁵– era un movimiento de masas, opuesto en casi todo –por lo menos desde el discurso– a los valores tradicionales. El faro de Sánchez Sorondo estaba en España, con su dictadura Provisional, de espíritu corporativo, pero monarquista y católico.⁷⁶

XIX

Se iniciaron así las conversaciones entre el Gobierno y los jefes conservadores moderados, radicales anti-personalistas y socialistas independientes, a mediados de octubre. El primer punto de discusión fue la **"reforma constitucional"**, que incluía cambios en el artículo 37, sobre composición de la Cámara de Diputados, permitiéndole al nuevo Congreso salido de ella, dictar la Ley Electoral que mejor respondiera a las necesidades del país. Comentaba sobre esto el interventor Ibarguren: "El principal obstáculo que se le opuso a la reforma fue la terminante negativa de los partidos a reformar el artículo 37"⁷⁷, lo que indica que no toda la coalición golpista tenía los mismos objetivos estratégicos. El Justismo quería el llamado a elecciones en cumplimiento de la proclama del 6 de setiembre, y la entrega del poder a un gobierno que ejerciera el poder bajo el amparo de la Constitución de 1853. El fraude se encargaría de que Yrigoyen y los **radicales** no volvieran a ser un problema.

El plan del doctor Sánchez Sorondo estaba –no obstante– ya diseñado. Lo primero debía ser el llamado a elecciones, donde las fuerzas concordadas –y particularmente los conservadores– tenían, a su criterio, las mejores chances de ganar. Lo segundo, la reunión del Congreso así elegido, para declarar la **"necesidad de la reforma"** que, tras la convocatoria de la

respectiva Asamblea Constituyente, posibilitaría dar el tercer paso: la elección del Presidente y Vice bajo una Ley Electoral distinta de la de 1912. Por la fuerza del conservadurismo bonaerense y su indiscutible arraigo popular,⁷⁸ el Ministro juzgaba correcto empezar el cronograma de elecciones en la principal provincia del país, cuna del Radicalismo Yrigoyenista, por lo que fijó fecha para el 5 de abril de 1931. Seguirían Santa Fe, Corrientes y Córdoba en mayo.

Roberto Azzareto ha relatado así las expectativas de las fuerzas conservadoras: "Los conservadores de Buenos Aires se reorganizan, y convocan a participar en sus filas a hombres de valía, iniciando gestiones en todo el país."⁷⁹ Agregando más adelante que: "Todos estaban convencidos del seguro triunfo conservador."⁸⁰ Una parte de la alianza de setiembre confiaba, de este modo, en que, separada del poder, la UCR ya no podría ganar las elecciones. Todo el aparato del estado jugaría a favor de la **Dictadura** y sus representantes, y por eso las mismas tendrían que ser transparentes y libres. Derrotado Yrigoyen en las urnas, su legitimidad se derrumbaría y la **Revolución** podría operar sin obstáculos, forzando a los partidos políticos y al ejército a aceptar como inevitables los cambios propuestos en la Constitución. Con una mayoría en sus manos –pensaba Sánchez Sorondo– Uriburu tendría despejado el horizonte para imponer un **gobierno legal** que, apoyado en un esquema corporativo, impidiera la repetición del proceso iniciado en 1912-1916. Él no fracasaría como Roque Sáenz Peña y sus partidarios lo habían hecho. Volvería el país a sus cauces naturales, destruyendo la **partidocracia** corrupta y acomodaticia que lo había enfermado a lo largo de casi dos décadas.

XX

Mientras las distintas facciones del Gobierno especulaban sobre el rumbo futuro de la **"Revolución"**, el Radicalismo había comenzado su recuperación política con el despliegue de dos tácticas simultáneas. Por un lado, iba a intentar reagruparse en células locales que pudieran, con el paso de los días, posibilitar el lanzamiento de acciones directas de resistencia. Y otra vez sus líderes –los que no estaban presos ni vigilados por el Régimen– iban a apostar por la politización del Ejército. Amadeo Sabattini, un cordobés de enorme prestigio entre el pueblo de **"La Docta"**, de ideas progresistas y un carisma avasallante, intentaba sublevar los cuadros y las tropas en algunas

unidades con asiento en la Provincia; mientras, en febrero, el General de Brigada Severio Toranzo lanzaba otro pronunciamiento –rápidamente abortado– contra la Dictadura. Luego de las elecciones de abril –y de su anulación, como veremos– el Teniente Coronel Gregorio Pomar continuaría con la misma estrategia, seguido por los hermanos Kennedy en diciembre de 1932, Severio Toranzo otra vez en setiembre de 1933 y los hermanos Bosh en diciembre. Se buscaba retomar la iniciativa con un esquema similar al implementado hasta 1912: presión abstencionista y revoluciones cuarteleras con apoyo civil.⁸¹

El gobierno, mientras tanto, iba endureciendo sus medidas represivas. Intervenia las universidades nacionales con la idea de erradicar de las mismas al **"reformismo"** izquierdista y a sus aliados liberales. Consideraban, los intelectuales nacionalistas que asesoraban al dictador, que se haría necesario en el futuro modificar la enseñanza superior, incorporando a la misma contenidos históricos revisionistas⁸² y una Filosofía Moral inspirada en el Integrismo Católico. La reforma política no tendría sentido sin esta trastocación de la estructura educativa heredada de la Ley 1420 de 1882 y de la constitución de gobierno autónomo universitario de 1918. Al mismo tiempo iba a comenzar una feroz persecución del movimiento obrero, que iría acompañada de fusilamientos, deportaciones y confinamientos ilegales de dirigentes opositores. El Comunismo y el Anarquismo iban a ser prohibidos, lo mismo que todas las manifestaciones públicas de protesta, incluyendo –por supuesto– las huelgas. Finalmente, dos estados provinciales iban a ser intervenidos: San Luis (gobierno conservador) y Entre Ríos (gobierno anti-personalista), bajo sospecha de peculados y administración fraudulenta.

La Dictadura mostraba así su peor rostro. Una minoría de militares y políticos conservadores, alimentados por intelectuales nacionalistas y curas reaccionarios, estaba pugnando por cambiar la política y la cultura por un golpe de fuerza. Es interesante observar que la "democracia pluralista" –de partidos– era observada por ellos como la antesala de un mal mayor: la **"revolución maximalista"** de las masas, imbuidas de un atávico sentimiento de anarquía y conducidas por demagogos y bolcheviques, muchos de ellos llegados al país con el aluvión inmigratorio de fines del siglo XIX y principios del XX. El uriburismo soñaba con el **"Orden"**, pero uno que al mismo tiempo sometiera a las fuerzas irracionales de la plebe al control autoritario de un caudillo militar, rodeado de un grupo de hombres ricos y cultos, capaces de conducir al país sin las presiones que llegaban desde una sociedad

demasiado moderna y cosmopolita. No es extraño que terminara convirtiéndose en un **"gobierno oligárquico"** y de minorías, tal como iba a describirlo **Rodolfo Irazusta** en una carta escrita a su hermano Julio a finales de 1930: "El cambio de gobierno (...) preparado por los reaccionarios, es usufructuado por los liberales, teniendo el mismo aspecto de un gobierno de clase, del Jockey Club, del conservatismo modernista."⁸³ Es que sus creadores no eran fascistas ni revolucionarios de derecha, sino conservadores hispanistas, enemigos del pensamiento ilustrado del siglo XVIII y del liberalismo positivista del XIX. Su único recurso era gobernar para terminar entregando el poder a quienes eran los verdaderos creadores de la Argentina contemporánea: esos mismos liberales modernistas, que tanto han intentado combatir.

XXI

Y ahora nos vamos a acercar al análisis del fracaso del proyecto de Uriburu. Lo haremos apoyados en una visión **"politológica"** del mismo, donde las decisiones estratégicas y tácticas de los principales actores ocuparán el primer plano. El momento esperado por la mayoría del ejército y sus aliados civiles había llegado. El Dictador debía ganar las elecciones del 5 de abril de 1931 si deseaba profundizar la revolución en un sentido corporativista. Pero si fracasaba, sus adversarios de la coalición anti-yrigoyenista tendrían la gran ocasión de frenar sus ambiciones autoritarias, y a la vez de dar forma a su objetivo primordial y básico: crear un régimen político que respetara las leyes vigentes y la Constitución, impidiendo a la vez el retorno al pasado del **"fraude patriótico"** y la tácita proscripción del Radicalismo. El General Justo deseaba ser Presidente de la Nación, pero no por un acto de fuerza, sino por elecciones democráticas "controladas". Luego atacaría la crisis socioeconómica, intentando gobernar con el apoyo de una coalición pluralista de partidos: liberales y conservadores, anti-personalistas y socialistas independientes.

Los comicios del 5 de abril de 1931 favorecieron con su resultado el plan del Justismo. La Dictadura –convencida de que la UCR no podría ganar– asistiría ahora a una catarata de votos (218.000 a favor de la fórmula Pueyrredón-Guido). Los conservadores iban a sacar 187.000 sufragios, convirtiendo al Radicalismo en una clara mayoría a nivel provincial, un dato no menor en la política argentina. Con su jefe aislado y proscripto, con sus caudillos locales detenidos, el Partido se había repuesto, derrotando a un go-

bierno dictatorial. Sánchez Sorondo, el arquitecto de este rotundo fracaso, renunciaba el día 15, y años después iba a declarar, anciano y melancólico, que: "La razón de los números no es la del entendimiento."⁸⁴ Uruburu, incapaz de comprender semejante desastre y decidido a salvar al país de un retorno tan temido como indeseado, iba a patear el tablero, anulando las elecciones. El cronograma político de octubre quedaba, pues, sin efecto. Finalmente, lo inevitable; el Ministro de Obras Públicas, el doctor Octavio S. Pico, hombre de Justo, pasaba a ocupar la cartera política -Interior- con el fin de posibilitar a la Dictadura una salida elegante. Comenzaba la transición.

El alzamiento Yrigoyenista de julio, conducido por el Teniente Coronel Pomar, terminará convenciendo a Uruburu para que convoque a nuevas elecciones, esta vez nacionales, para el mes de noviembre, bajo las disposiciones de la Ley Sáenz Peña. En un libro escrito poco después, el jefe del pronunciamiento fallido afirmaría que el General de División Agustín P. Justo había apoyado inicialmente sus objetivos, con el fin de forzar una apertura política. Esto iba a permitir la movilización activa de toda la oposición: el ex Presidente Alvear, recluido en su bunker del City Hotel de Buenos Aires, estaba reorganizando al radicalismo con el tácito apoyo de Don Hipólito, quien había ordenado a sus seguidores más leales: "**Rodear a Marcelo**", con vistas al futuro cercano. Los socialistas Repetto y Palacios, junto con los demo-progresistas de De La Torre, iniciaban la construcción de una coalición liberal de centro-izquierda que tendría el sugerente nombre de "**Alianza Civil**".

Los **concordancistas**, por su parte, comenzaban -no sin dificultades- la construcción de un armado político más o menos coherente. Exigían del Gobierno, a través de Octavio S. Pico, su hombre dentro de él, un trato preferencial que evitara una reiteración de los hechos del 5 de abril de 1931. El Poder Ejecutivo iba a responder a los reclamos con fundamentos jurídicos poco sólidos, fraguando la proscripción radical por medio de la inhabilitación de la fórmula Alvear-Güemes⁸⁵, preparando para noviembre un fraude gigantesco que garantizara -sin sorpresas- la elección de Justo. Estrategia que contaba con el acompañamiento de un Ejército que ya no deseaba seguir expuesto a los avatares de la política. Esta coalición intuye -con claridad- que los militares no se oponían a una salida "**controlada**" y deseaban -en su gran mayoría- retornar a los cuarteles.

La **Concordancia** aprobaría las fórmulas **Agustín P. Justo-Julio A. Roca (h)** por los conservadores, y **Agustín P. Justo-José N. Matienzo** por el Radicalismo antipersonalista. (Los opositores le aplicarán a Justo el mote de

candidato "**bígamo**"). Es que ninguno de los partidos que la componían se resignaba a perder posiciones dentro de un armado donde el triunfo era -merced al veto presidencial- cosa resuelta. Entonces, el país -creían sus miembros- podría reencauzarse a través de un gobierno fuerte pero legal -sino del todo legítimo- en el que la "**crisis de autoridad**" pudiera ser superada, con el objeto de encarar los problemas económicos derivados del cierre de las exportaciones y del derrumbe estrepitoso de sus precios.

Pero lo curioso iba a ser la actitud de los opositores progresistas, que en el acto de reconocimiento tácito de la derrota iban a competir en una de las elecciones que aparecían como claramente fraudulentas. La **Alianza Civil** -Lisandro De La Torre-Repetto- iba a centrar su campaña en una extraña reivindicación del Golpe Militar del 6 de setiembre de 1930. Su candidato a Presidente, en un discurso público, diría: "Nosotros venimos de verdad a salvar a la Revolución, porque somos los intérpretes de su espíritu popular. Venimos a encauzarla. ¿Quién, que no fuera un insensato, pretendería restaurar el Régimen depuesto?"⁸⁶ Increíble concepción del pasado reciente en un hombre honesto y valiente, pero profundamente cegado por su odio personal hacia Yrigoyen y el Radicalismo. El santafesino pagaría con su vida -siete años después- este tremendo error que legitimaría -por su sola presencia el día de la consumación abierta del fraude- a un Gobierno impopular y proscriptivo. Tremenda alienación del "**Progresismo**" frente al país real, que llevaría a uno de sus exponentes más importantes primero a la soledad, y luego al suicidio.⁸⁷

XXII

De éste modo, casi brutal, los comicios del 8 de noviembre de 1931 iban a convertirse en el punto de partida de una oscura tradición argentina: la de la violación sistemática de la voluntad de la mayoría, por una facción de dirigentes comprometidos con el fraude y la proscripción electoral de sus opositores. Todo quedaba reducido a una interna entre conservadores y anti-personalistas, compulsa que por la imposición de la fórmula **Justo-Roca** favorecía a los primeros, dueños de las provincias clave: Buenos Aires y Córdoba. El General civilista, el verdadero jefe político de la revolución, asumiría el 20 de febrero de 1932 la Presidencia de la República, dispuesto a llevar al país hacia un "**orden estable**" y un proceso económico que la demagogia y la corrupción de Yrigoyen habían "**interrumpido**" -fa-

talmente— en 1928. Era —claramente— el verdadero artífice de la **Revolución Conservadora** en el país. Ahora tendría que gobernar frente a un escenario hostil que no dejaba espacio para la duda ni el inmovilismo.



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

El Justismo

XXIII

Ahora iba a comenzar otra fase en la crisis política de la Argentina. El Presidente Justo —nunca olvidar: un radical antipersonalista— había llegado al Gobierno con una doble convicción: el fraude era una herramienta **“vergonzosa pero útil”**, que impediría el retorno de los yrigoyenistas al poder; por otro lado, la representación débil de la Concordancia podría ser suplantada —en el tiempo— por un accionar gubernativo ágil e innovador, que pudiera restablecer la confianza del Pueblo y de los agentes económicos locales y externos, base del crecimiento nacional a lo largo de medio siglo. Los problemas políticos y económicos iban pues, en su visión, juntos. **Peter Waldman** ha descrito —en uno de sus trabajos más citados— el escenario a principios de 1932. Escribía: “La crisis de legitimidad fue, quizás, la más importante entre las diversas crisis que se presentaron después de 1930, pues afectó al sistema político en su substancia, en su núcleo. Lo más acertado sería definirla como la suma de las restantes crisis, referida al sistema político.”⁸⁸ Completó su razonamiento de la siguiente manera: “En lugar de emplear los medios de organización y sanción al servicio de reclamos y objetivos de la sociedad en general, el Estado los utilizó para defender los intereses de una minoría privilegiada.”⁸⁹

Las consideraciones arriba apuntadas por Peter Waldman son válidas y correctas sólo en parte. El Justismo fue, es cierto, un experimento destinado a refundar la Argentina conservadora, pero también el punto de arranque de un proceso económico y social de incalculables consecuencias: la industrialización sustitutiva. Muchos ignoran que el país pudo salir de la crisis —para 1935— con gran velocidad, convertido en una sociedad predominantemente urbana y cuasi moderna. Las medidas **“intervencionistas”** y de control de cambios que se pusieron en marcha, iban a contribuir en mucho a ese relanzamiento productivo, que el Peronismo profundizaría con éxito una década más tarde. La concordancia tuvo hombres que, por su origen socialista, comprendieron el cambio vivido en la economía mundial desde 1929, y que impulsaron la transformación de nuestro capitalismo en un sentido bien distinto del tradicional. Pinedo —Ministro de Hacienda— y De Tomasso —Ministro de Agricultura y Ganadería— pensaron soluciones **heterodoxas** para una crisis inédita, tanto en sus perfiles como en sus resultados.

Creemos importante marcar estos aspectos –muchas veces descuidados por los historiadores liberales o marxistas– preocupados –con justicia– por el fraude, la corrupción y el peculado reinantes entre 1932 y 1943 en el país.

XXIV

Nosotros visualizamos ese período con una interpretación que juzgamos más completa. Si por un lado los objetivos planteados son el **"retorno al país perdido"**, los hechos iban a demostrar otra cosa: la modelación –todavía incipiente– de otra sociedad y de otra cultura política. El Presidente Justo demostraría –con los años– tener a su disposición un conjunto de recursos inesperados en un militar profesional. Se sabía agente de un sistema de dominación oligárquica, que impulsaba el retorno a un pasado tan irresponsablemente deificado, que se hacía imposible de alcanzar en 1932. Pero no desconocía las implicancias de la clausura permanente de la vida política democrática por el fraude y la proscripción de la mayoría. Justo era realista, e interpretaba –como muchos de sus colaboradores– al sistema elegido, como un expediente transitorio. La Nación se encontraba –objetivamente– amenazada por dificultades que eran ignoradas por una parte de su dirigencia, convencida de poder repetir el modelo agrario exportador dependiente, surgido de la Organización Nacional.⁹⁰

Los resultados de esa estrategia fueron, no obstante, ambiguos. El país no iba a conseguir –hasta mucho después– romper sus lazos de dependencia con Europa y el Imperialismo Británico. En lo político, los atisbos de apertura quedarían clausurados, en 1941, con el retorno al gobierno de los conservadores más ortodoxos, de la mano del catamarqueño Doctor Ramón S. Castillo. Lo transitorio se iba a convertir en permanente, hasta que un nuevo cuartelazo clausurara por la fuerza una década larga de violación del voto y corrupción nepotista. En ese sentido, de mediano plazo, la solución puesta en marcha en febrero de 1932, iba resultar, a la postre, un fracaso. La Nación encontraría en otros hombres y en otros sectores sociales el vehículo para la consumación de sus expectativas políticas y económicas. Pero ello –creemos– no estaba escrito a principios de la gestión que Justo iniciaba ese 20 de febrero. Su idea era combinar lo existente con lo posible, algo que no muchos saben hacer con prudencia, tacto y efectividad.⁹¹

XXV

En noviembre de 1929, durante el gobierno de Hipólito Yrigoyen, había visitado Buenos Aires una misión comercial británica, encabezada por el Vizconde D. Abernethy. En sucesivas reuniones mantenidas por la misma con el Canciller Horacio Oyhanarte, se había abordado el problema de los intercambios entre ambas naciones. El día 8 se firmaba un convenio de trueque: el país entregaría cereales y otros productos agropecuarios, a cambio de materiales destinados a los ferrocarriles del Estado, que podrían adquirirse sin necesidad de licitaciones ni concursos, a través de compra directa. Simultáneamente, se disponían créditos mutuos por un valor cercano a los 100 millones de pesos. **Harold Paterson**, en su libro "La Argentina y los Estados Unidos", dice: "Más importante que cualquier otra cosa, fue la revelación de la posición de los gobernantes argentinos, sobre todo la inclinación pro-británica del Presidente Yrigoyen."⁹²

El convenio ofrecía dos novedades: 1) era un acuerdo bilateral y 2) el Estado intervenía directamente en la transacción. La suerte del mismo no fue demasiado promisorio. La Cámara de Diputados –con mayoría oficialista– lo aprobó, pero el Senado –en manos de las fuerzas opositoras– terminó por desestimarlos en una votación histórica por su significado político. A la luz de esto, resulta importante recordar algunas opiniones vertidas en el Congreso de la Nación durante su conflictivo tratamiento. El diputado Federico Pinedo, del **Socialismo Independiente**, manifestó ante sus pares, reunidos en sesión dentro del hemisclio: "Prácticamente se nos obligaba a comprar en cierta forma para saldar un crédito, y en un mercado que podía resultar caro, mientras los ingleses compran aquí como en el mercado mundial, al precio corriente."⁹³

Otro legislador, ésta vez miembro del **Socialismo Argentino**, el doctor Enrique Dickman, sostuvo que el material británico era mucho más caro (30%) que el alemán, el belga o el estadounidense, por lo que –según el mismo diputado– se autorizaba en el artículo 6° la compra directa.⁹⁴

Al año siguiente recibía la notificación del cierre definitivo de los mercados ingleses para sus exportaciones agrícolas y ganaderas. Los países europeos se hallaban, por entonces, implementando políticas autárquicas para su aprovisionamiento alimentario. Conceptos como cuotas, restricciones, limitaciones y primas, se estaban convirtiendo en algo demasiado común como para ser ignorado por los dirigentes argentinos. Uriburu había decretado el control de cambios (congelamiento de remesas o utilidades al exterior); por otra parte, destinaba casi el 50% de las reservas de oro al pago de la deuda pública. Todo lo cual no impidió que amplios sectores políticos y productivos siguieran creyendo –a pesar de las señales en sentido contrario– que los mercados para nuestras exportaciones continuaban siendo seguros, particularmente los del Reino Unido. Algo incomprensible para el analista contemporáneo, que podía ver –en el contexto de datos de la época– multitud de pruebas en contrario.

En 1932, el Gobierno de Su Majestad, de modo sorpresivo, convocaba en Canadá a la **Conferencia de la Comunidad Británica de Naciones**, a realizarse en Ottawa. Allí se firmarían doce acuerdos que iban a establecer lo siguiente: 1) Gran Bretaña se comprometía a establecer gravámenes a los productos extranjeros importados (extra comunitarios) y a fijar cuotas restrictivas; 2) Los Dominios aceptaban como contraprestación proteger, frente a los productos de la metrópoli, sólo a aquellas industrias que tuvieran serias posibilidades de existencia, no sobrepasando en sus derechos protectivos un nivel que permitiera a los fabricantes de la Isla la concurrencia con los productos locales. En el curso de las sesiones de la Conferencia, tanto Canadá como Australia se refirieron a la necesidad de proteger sus carnes y cereales de la competencia externa, especialmente la que procedía de países como la Argentina. El Reino Unido celebraría, entonces, convenios con Australia y Nueva Zelanda, donde asumiría el compromiso de desalojar progresivamente a los competidores, ampliando así las posibilidades de colocar granos y carnes a sus Dominios. Londres suspendía, pues, sus importaciones de carne ovina y bovina congelada, en un 95% aproximadamente.

La lectura atenta de los famosos Convenios de Ottawa, sugiere una primera e interesante conclusión. A pesar de los esfuerzos realizados a lo largo de setenta años por los dirigentes argentinos de diverso signo: mitris-

tas, autonomistas, conservadores y radicales, nuestro país no era parte integrante del Imperio Británico, sino tan solo un socio menor. Comprobación que iba a ser difícil de digerir para los políticos, empresarios e intelectuales que así lo habían creído. El diputado Saavedra Lamas (Conservador) no fue uno de ellos. El futuro Ministro de Relaciones Exteriores de Justo dijo: "(...)casi podría afirmarse que la Conferencia de Ottawa se ha realizado con propósitos competitivos contra la industria de la República Argentina."⁹⁵ Opinión distinta de la del **Profesor Romualdo Ardisson**, que desde sus alturas académicas dijo: "(...)estamos en presencia de un hermoso ejemplo de dos naciones que son verdaderamente complementarias desde el punto de vista económico"⁹⁶, refiriéndose al vínculo supuestamente existente entre la Argentina y Gran Bretaña.

XXVII

Don Arturo Jauretche, uno de los intelectuales más agudos e inteligentes que ha tenido el nacionalismo popular en la Argentina, ha construido una interpretación del gobierno del General Justo que es en esencia verdadera, pero al mismo tiempo demasiado parcial. Jauretche y el otro impugnador de la Argentina liberal, **Raúl Scalabrini Ortiz**, se hallaban involucrados personalmente en las luchas políticas de la época. Construyeron un relato histórico que, abrevando en el "revisionismo", consideraba negativo todo el proceso abierto en el país a partir de 1930 y aun de 1853. La dicotomía central a partir de la que realizaron sus análisis, fue **Soberanía o Dependencia**, encontrando en cada actor individual o colectivo una agente de liberación o de dominación, respectivamente. Fueron coherentes –en sus actos– con la visión que a través de casi cuarenta años sostuvieron en sus libros, ensayos y discursos. Pero hoy también es necesario realizar una lectura crítica de su obra, aunque sea breve, y que a continuación intentaremos.

Los acuerdos de Ottawa y el Pacto Roca-Runciman, que fue su consecuencia, fueron analizados por Don Arturo desde el prisma económico geopolítico de la Dependencia. El país era, desde su punto de vista, una sucursal del Imperio Británico, y por ello estaba pagando duras consecuencias. El acuerdo de Londres era –como lo fue en efecto– un acto de abyección injustificable, sólo entendible a través de la identificación de los lazos –realmente existentes– entre la burguesía terrateniente argentina, y los impor-

tantes banqueros, empresarios y políticos de la Gran Bretaña. Jauretche llegó a calificarlo con el expresivo nombre de **"estatuto legal del coloniaje"**. La avaricia, la corrupción y una mentalidad **"dependentista, entreguista y cipaya"**, se hallaban detrás de actos tan vergonzosos que, sumados al fraude, al golpismo y la proscripción, dibujaban el perfil de una etapa oscura: la **"Década Infame."**⁹⁷

Nosotros suscribimos –está muy claro– esta contundente caracterización. No nos oponemos en esencia a ella, pues tenemos –como todos– un punto de vista tomado. Lo repetimos, es incompleta y parcial, y necesita algunas reflexiones que la actualicen; en 1932 la Argentina se encontraba en frente a un doble desafío: superar la crisis económica apuntalando la gobernabilidad. Las fuerzas conservadoras se encontraban divididas desde por lo menos 1912. Los nacionalistas creían en una **"crisis de legitimidad"**, demasiado profunda para ser combatida con retoques de nombres y partidos; deseaban un trastocamiento absoluto y total de la Constitución y de las Leyes Electorales. La oposición liberal republicana –demócrata progresistas y socialistas– oscilaban entre una crítica moral al Régimen y un utopismo socializante y **"progresista"** que, por su participación activa en un Parlamento del fraude, lo avalaba más allá de los discursos. Y, como agregado, se consideraban los legítimos herederos del 6 de setiembre de 1930. El Radicalismo, desorganizado, proscripto pero victorioso –el 5 de abril de 1931 en Buenos Aires– optaba, siguiendo la tradición, por los alzamientos cívico militares, acompañados de la abstención electoral. Ese era el escenario el 20 de febrero de 1932, cuando Agustín P. Justo asumió la Presidencia.

El fraude fue –lo hemos dicho– un instrumento aceptado por la coalición de gobierno: la Concordancia para impedir una nueva victoria radical; Uriburu y los conservadores bonaerenses, Fresco, Barceló, etc., lo habían puesto como condición ineludible de la apertura de julio. El Justismo había aceptado ambos hechos con resignación y realismo político. Era el precio a pagar por la toma del poder. Los militares –el Partido Militar– deseaban regresar a los cuarteles –posición que el General Presidente compartía– huyendo del enorme desprestigio ganado al aceptar –con impasible deferencia– la violentación del sufragio. El país requería de un gobierno fuerte y estable, y la Concordancia, ilegítimamente elegida, se lo dio. Pero también necesitaba un programa que diera cuenta del impacto sufrido a raíz de la crisis financiera global por el modelo agro-exportador vigente desde 1880. Federico Pinedo y Antonio De Tomasso elaboraron un esque-

ma de salida de la crisis, que tenía tres elementos básicos: la reconstrucción del sector agrícola y ganadero a través de un convenio comercial con el Reino Unido; la creación de un conjunto de organismos públicos capaces de regular el precio interno de los alimentos y el valor de la moneda (Banco Central, Juntas Reguladoras, etc.) y la motorización de la industrialización sustitutiva. Esos cambios –a la postre– terminarían sirviendo de plataforma para la construcción de un capitalismo nacional, que como bien lo destacara Arturo Jauretche, le daría al país los diez años más brillantes en materia productiva y social del siglo XX.

El mito del progreso indefinido era tan fuerte; que nadie –ni los políticos, ni los militares, ni los académicos y profesores de las universidades públicas– se atrevieron, en setenta años, a ponerlo en duda. Ahora, la propia dinámica del Capitalismo Burocrático-Financiero lo iba a hacer por ellos. Sería necesario marchar en contra de la corriente. La sorpresa de Ottawa fue la de una dirigencia que creía –desde la derecha hasta la izquierda– que el país era parte de Europa; una joya reluciente del Imperio Británico. Como suele decir siempre el Profesor Alberto Methol Ferré, "el amo nos había dejado solos, sin que nosotros lo hubiésemos echado."⁹⁸ El problema –bien lo detectó FORJA a partir de 1935– era cultural y político, no económico. La dependencia funcional al progreso se había –sencillamente– esfumado. Ahora, en 1932/33, mostraba su cara más oscura y lúgubre: era sinónimo de abyección y resignación. Todos, menos una minoría brillante y patriota, de fuertes convicciones pero sin poder, coincidían en que se debía retornar cuanto antes a la fórmula mágica de la complementación simbiótica, señalada por Romualdo Ardissonne en el pasaje antes citado.⁹⁹ Los radicales nacional-populares de FORJA no pudieron constituirse en alternativa de poder; sembraron conciencia, en beneficio del futuro.¹⁰⁰ Eso, y sólo eso, pudieron hacer. Por cierto, no iba a ser poco.

XXVIII

La Conferencia de Ottawa estremeció al gobierno Argentino. Rápidamente, los grupos de presión económicos se dirigieron al Poder Ejecutivo, exigiendo medidas que modificaran una situación que, de grave, podía –de continuar en el tiempo– convertirse en catastrófica. En sucesivas reuniones, el gabinete decidió enviar a Londres una delegación de primer nivel, encabezada por el Vicepresidente de la Nación, Doctor Julio A. Roca (h).

La excusa oficial para un viaje tan imprevisto era la visita realizada en 1931 por el Príncipe de Gales a Buenos Aires. Los británicos mostraban una glacial indiferencia frente a la ansiedad y desesperación de los argentinos, y sugerían – por medios oficiosos – que toda negociación sería inútil si no se contemplaba en la misma la cuestión del control de cambios establecido en el país desde 1931. Concretamente, el congelamiento de remesas y utilidades radicadas en el país por empresas británicas (150 millones de pesos oro).

El 5 de enero de 1933 el Ministro de Agricultura y Ganadería, Antonio De Tomasso, se dirigió al Canciller Carlos Saavedra Lamas, puntualizando en una nota las exigencias mínimas que la delegación debía sostener en Londres: 1) Permiso para introducir en Gran Bretaña una cuota de carne bovina chilled, bovina congelada y ovina congelada. 2) Preferencia a la Argentina al aplicarse las cláusulas del convenio con Australia. 3) Derogación del derecho *ad valorem* del 10% para cueros, sebo, carne en conserva, tripas, aves de corral, cebada, harina de trigo, maní y lino. 4) Mantenimiento –sin derechos– para la exportación de maíz. 5) Prohibición expresa de aumentar los gravámenes al ingreso de trigo, manteca, queso, frutas y productos de lechería, procedentes de la Argentina. Nota interna de carácter administrativo, que es el único escrito previo que se conoce documentalmente, que representaba una especie de directiva o instrucción, puesto que la delegación partió sin mandato o instrucción oficial de la Cancillería, agregando que en la nota no hace mención del problema de cambios.¹⁰¹

XXIX

La composición de la Embajada itinerante argentina en Londres merece unos breves pero imprescindibles comentarios. Encontramos a **Guillermo Leguizamón**, notorio integrante del Directorio de la Sociedad Rural Argentina, que ostentaba –con indisimulable orgullo– la extraña condición de haber sido el único extranjero a quien la Corona Británica había otorgado el título de Sir, y a **Miguel Ángel Cárcano**, un cordobés de ideas liberales, empleado de compañía navieras inglesas. Particular conformación que parecía pensada para cumplir la profecía escrita por **Rodolfo Irazusta**: “Ocurre entonces que, cuando el mercado británico, trabajando por las influencias políticas de los dominios, disminuye la consumición de carne, la ganadería argentina sufre trastornos que repercuten en el comercio de importación por falta de medios adquisitivos. Y todo el mundo se a-

cuerda de buscar soluciones en Inglaterra, con lo que el monopolio inglés asegura y mantiene su predominio.”¹⁰²

Al poco tiempo de iniciadas las conversaciones, el secretario de Comercio Británico, Walter Runciman, hacía saber al Doctor Roca que: “El problema de los cambios era condición esencial para el éxito de las negociaciones.”¹⁰³ De nada iban a valer las declaraciones humillantes de Leguizamón: “Somos una de las joyas más preciosas de la Corona Británica”, o las de Roca: “Desde el punto de vista de la interdependencia económica, somos parte integrante del Imperio Británico.”¹⁰⁴ Inglaterra ya había arreglado con su Imperio, y la Argentina –era obvio– había sido deliberadamente excluida. La delegación envía un cable a Buenos Aires, que entre otros conceptos manifiesta: “El Gobierno Británico ha subordinado el arreglo del dinero bloqueado y a la disponibilidad del cambio, toda su política en el curso de las negociaciones (...) no podremos asegurar a Runciman el triunfo de una política que garantice al país la introducción de sus productos dentro de las posibilidades creadas por los acuerdos de Ottawa, si ustedes no nos dan una base sólida de sustentación, que la opinión británica encontrará tan sólo en la solución de los problemas de cambio.”¹⁰⁵ Concreta declaración de la base sobre la cual la metrópoli negociaba con una de sus perlas más valiosas. Al resto, estaba claro, no le había pedido tanto.

XXX

El Acuerdo de Londres fue finalmente firmado el 1 de mayo de 1933, y debía regir durante tres años, a partir del 7 de noviembre. Estaba dividido en tres cuerpos. El primero formado por una Convención y Protocolo sobre Intercambio Comercial (compromisos y restricciones de ambas partes). El segundo cuerpo, comprendía el Acuerdo Suplementario (especificaciones numéricas y estadísticas). Finalmente, el tercero, con Anexos (del I al IV). Los británicos abrirían su cuota de importación a las carnes, el trigo, el maíz y otras materias primas argentinas, a cambio del compromiso de pagar los intereses de nuestra deuda en oro, priorizando el pago de la misma ante otras erogaciones similares, privilegiando la compra de artículos ingleses y dando tratamiento favorable a los intereses de las empresas de capital británico –especialmente ferrocarriles y tranvías– poniendo a todos los contratos comerciales el precio en libras esterlinas.¹⁰⁶

A su retorno, el Doctor Julio A Roca (h) declaraba: “Hemos logrado lo

mejor que podíamos pedir en las actuales circunstancias (...) Europa tiene una buena información de lo que es la República Argentina.”¹⁰⁷ El 4 de junio, en el almuerzo ofrecido por la Bolsa de Comercio a los integrantes del Poder Ejecutivo, y frente a la banca, la industria y los ganaderos, el Presidente de la Nación afirmaba: “(...) dicha política (la del Acuerdo) no es ocasional, transitoria, mutable como los hombres que gobiernan, sino al contrario, firme, decidida, como que responde a los intereses del país y que ella ha de proseguirse en lo sucesivo.”¹⁰⁸ Los presidentes de la Bolsa de Comercio y de la Sociedad Rural iban a avalar con sus respectivos discursos este razonamiento, para terminar afirmando el Vicepresidente de la Nación lo que sigue: “En éste momento tengo la sensación de haber puesto mi firma, antes que a un tratado, a una política de grandes y fecundas consecuencias (...) las manifestaciones de aplausos con que fue recibida la firma del Pacto en la Cámara de los Comunes, son el reflejo a la vez de un estado de opinión.”¹⁰⁹ Cerrando éste conjunto de loas con una nota discordante, el Presidente de la Cámara Argentino-Británica de Comercio afirmaba, con tono paternal y admonitorio, dirigido a los funcionarios argentinos: “(...) por falta de comprensión que hay en éste país para darse cuenta que sus productos básicos de exportación, y especialmente las carnes, no son absolutamente esenciales para el Reino Unido (...) naturalmente se podría decir lo mismo de numerosos productos importados de Gran Bretaña a la Argentina, pero estos mismos tienen un mercado mucho mayor tanto dentro como fuera del Reino Unido, y que no depende del comercio argentino.”¹¹⁰ La expresión más clara y didáctica de la complementación absoluta y perpetua de ambas economías, sostenida aquí por los teóricos pasados y presentes, de las ventajas comparativas y el liberalismo ortodoxo.

XXXI

El Acuerdo de Londres demostraba las debilidades que el modelo agro-exportador había tenido siempre frente a las crisis cíclicas y globales del Capitalismo. Cuando los términos de intercambio se volvían en contra de Argentina, la cesación de pagos, el endeudamiento y el déficit comercial se disparaban. Los argentinos éramos externamente vulnerables. El Gobierno de Justo lo sabía –pese a sus declaraciones públicas– y por eso había comenzado a desarrollar en paralelo otras estrategias complementarias. Habría que manejar el valor de la moneda, orientar los flujos exporta-

bles de alimentos y proteger a los bancos frente al retiro de depósitos. El intervencionismo conservador fue el complemento de un programa que buscaba suplantar bienes importados con industrialización local, a falta de divisas. Es aquí cuando con el “Plan Pinedo”, la estructura social, política y cultural del país iba a sufrir cambios irreversibles. Dichas políticas fueron –no obstante– concebidas como transitorias, de emergencia, aunque con el tiempo iban a perdurar más allá de las convicciones de sus ideólogos. El mundo iba en esa dirección, y los hombres del Gobierno –a regañadientes– lo entendieron. Aquí, sin duda, acertaron; y mucho.

No fue la misma la actitud de radicales, socialistas y demo-progresistas. Ellos basaron su discurso, entre 1933-1943, en dos elementos básicos: el fraude y la corrupción administrativa. El mismo senador De La Torre, en sus críticas a la política ganadera; nunca puso en duda el esquema productivo heredado de Juan Bautista Alberdi y la generación de 1880. Los socialistas tampoco. El “progresismo” –paradójicamente– defendió en la prensa, los debates parlamentarios y las tribunas, la ortodoxia liberal a ultranza. Seguía pensando con una matriz que –como hemos visto– la abyección del Acuerdo de Londres demostraba ya estar perimida. Su alienación del país real terminaría perjudicando su desempeño político, hasta el momento en que Perón y los peronistas construyeran la izquierda real en el país. En cuanto a los radicales, ellos conformarían durante décadas el corazón de la coalición anti-populista en la Argentina, contribuyendo a modelar prácticas –como la proscripción y el golpe– de los que habían sido víctimas a partir de 1930. Uno de los suyos –Ernesto Sanmartino– terminaría tildando de “aluvión zoológico” a la clase obrera organizada, toda una remake de las acusaciones vertidas contra Yrigoyen en los días previos a la “Revolución de setiembre”.

XXXII

Para 1935/38 la Argentina había superado casi totalmente los efectos negativos de la crisis. La Segunda Guerra Mundial iba a traer un nuevo impulso para el crecimiento de las exportaciones tradicionales, que sin embargo ya no representaban la mayoría de nuestros envíos al exterior, ahora compuestos por bienes industriales. El país había cambiado su matriz productiva. Estaba aceleradamente modernizándose. Una clase obrera poderosa y un empresariado nacional dinámico e imaginativo, se iban a pre-

sentar como las fuerzas decisivas de la comunidad. Consumirían e invertirían en un mercado interno ampliado por los buenos salarios y el casi nulo desempleo, modificando la geografía, el paisaje y la cultura. También la política. Una parte del país, rompiendo con el pasado, pensaba, sin abjurar del mismo, con horizontes diferentes a los de sus padres y abuelos. Otra iba a continuar deificándolo hasta convertirlo en un mito; causa esencial –y definitiva– de su impotencia institucional y política.



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

Epílogo

XXXIII

Hemos llegado así al final de nuestro trabajo. A partir de la firma del Acuerdo de Londres y de sus consecuencias inmediatas, la Argentina iba a adquirir otro rostro. Las contradicciones y conflictos que iban a sacudirla durante más de cuatro décadas –hasta el 24 de marzo de 1976– iban a llevar a la sociedad por derroteros jamás imaginados por los hombres que habían asumido el poder con Justo en febrero del año 1932. Ellos todavía pensaban en reconstruir el “Mito de Progreso Indefinido”, maquillando, quizás en parte, las instituciones del Estado, y adaptándolas con pragmatismo a los cambios de la coyuntura. Las transformaciones que iniciaron iban a perdurar mucho tiempo, dividiendo a los argentinos en grupos y sectores diferentes a los que habían conocido bajo el influjo de la Revolución del 6 de setiembre de 1930. Muchos morirían sin aceptarlos y sin vislumbrar las consecuencias mediatas de su propia obra.

La industrialización substitutiva iba a convertirse en la matriz básica del nuevo modelo de acumulación capitalista en el país, por lo menos hasta 1975/76. La década del setenta sería la etapa de oro de la misma, con el auge de los sectores metalmecánico, petroquímico y automotriz. La clase obrera surgida al calor de la misma, sería protagonista central de una prolongada lucha por los derechos sociales y políticos de las mayorías. Con el llamado Proceso de Reorganización Nacional, una camada de militares –todos notorios antiperonistas– tomarían el gobierno para restaurar –con terribles consecuencias– el modelo agroexportador y una República Restrictiva, enemiga de la participación del Pueblo en las grandes decisiones públicas. Terminarían constituyendo la “guardia pretoriana” de la especulación financiera y la destrucción del aparato productivo, con sus secuelas de miseria y desocupación a gran escala. Daño que todavía no hemos podido reparar.

Los sucesos revisados aquí, serían también la antesala de la consolidación de un sistema político irrepresentativo y de escasa legitimidad, donde el Partido Militar actuaría como árbitro y “última garantía” del Orden y la autoridad del Estado; siendo un factor de poder de enorme peso, capaz de impedir la “democracia de masas”, pero también el formalismo constitucionalista de gobiernos proñados por sus intervenciones “correctivas”. El siste-

ma de partidos –como lo hemos descrito en otro ensayo–¹¹¹ naufragaría en medio de la inestabilidad y las “dictaduras republicanas”, un invento poco feliz de los generales argentinos. En 1976 un jefe de la Dictadura se autocalificaría como parte de la “reserva moral de la Patria”¹¹², occidental y católica, como custodio de una nueva derecha, ésta vez criminal y reaccionaria.

XXXIV

El fundador del Peronismo, miembro activo de la conspiración de 1930, iba a ser parte integrante de ese Partido Militar que el 4 junio de 1943 tomaría por la fuerza el Gobierno de la Nación. Con objetivos renovados, y un carisma a toda prueba, continuaría en esencia las transformaciones económicas y sociales del Justismo. Su liderazgo, distinto, ameno y directo, le daría al movimiento de masas más importante de Iberoamérica, unos contenidos doctrinarios y una flexibilidad táctica que todavía hoy es motivo de debate entre los analistas. Luego de su paso por el poder, el fraude como práctica política quedaría erradicado, lo mismo que la reversión de la autoridad a unos pocos dirigentes oligárquicos. La proscripción volvería, pero detrás de los tanques y los fusiles. El Pueblo –los trabajadores y una porción no menor de la clase media– lo adoptarían, entre 1969 y 1974, como conductor, mientras que el Justicialismo, todavía hoy, constituye una pieza insustituible de la Democracia Argentina.

Perón fue parte del Partido Militar –uno de sus fundadores– pero también uno de sus más formidables adversarios. Durante su tercera presidencia nos dejaría importantes advertencias sobre la necesidad de un proyecto estratégico consensuado para el siglo XXI. Rechazaría todos los hegemonismos, las desvirtuaciones del mandato popular y la violencia, apostando por una democracia de partidos, con apoyo y respaldo de los sectores sociales organizados. El año 1930 había sido para él –igual que 1955– una fuente inagotable de datos para la autocrítica, sobre todo de su papel como asaltante ilegítimo del poder en la mañana del 6 de setiembre. Luchó hasta su muerte –el 1 de julio de 1974– por un Gobierno del Pueblo que impidiera, por su éxito administrativo y su ejercicio del poder estatal, una nueva intervención de las Fuerzas Armadas; la que juzgaba de enorme peligrosidad para la Nación y la comunidad Argentina. Por cierto aquí, no iba a equivocarse. El odio de los dictadores genocidas del período 1976/83 hacia su obra y su persona, demuestran lo correcto de sus apreciaciones y

la importancia que todavía tienen para la consolidación de nuestra joven Democracia.

XXXV

El 6 de setiembre de 1930 iba a morir, así, el mítico sueño del progreso lineal e indefinido, basado en la complementación natural con Europa y la inserción internacional del país, por medio de la exportación de cereales y carnes. Comenzaría a conformarse otro escenario, con el Pueblo queriendo ser parte de la construcción cotidiana de su lugar en la Historia. Una etapa que requeriría de muchos esfuerzos, litros de sangre y una generación inmolada en la pira trágica de la guerra civil. El país actual es hijo de este camino recorrido desde entonces, con sus luces y sus sombras; terminar de parirlo es –sin dudas– la tarea de la hora: con competencia electoral libre, partidos políticos democráticos y abiertos, trabajo y justicia para todos, soberanía y dignidad nacionales. Como escribiéramos en el Prólogo: ésta es, todavía, una tarea inconclusa.

Bibliografía

Libros y Artículos

- Alberdi, Juan Bautista.** Bases y Puntos de Partida para la Organización Constitucional de la República Argentina. Editorial Plus Ultra. Buenos Aires. 1984.
- Ardissone, Romualdo.** "El Idioma y la Nacionalidad como factores del Comercio", *Humanidades*. Universidad de La Plata. La Plata. 1930.
- Azzareto, Roberto.** Historia de las Fuerzas Conservadoras. Centro Editor para América Latina (CEAL). Buenos Aires. 1984.
- Bayer, Osvaldo.** La Patagonia Rebelde. Biblioteca Argentina de Historia y Política, Hyspamérica. Buenos Aires. 1986.
- Braudel, Fernand.** Las Responsabilidades de la Historia, en Braudel, Fernand. *La Historia y las Ciencias Sociales*. Alianza Editorial. Madrid. 1984.
- Botana, Natalio.** El Orden Conservador. Sudamericana. Buenos Aires. 1997.
- Conil Paz, Alberto y Ferrari, Gustavo.** Política Exterior Argentina (1930-1962). Huemul. Buenos Aires. 1977.
- Dahl, Robert.** Poliarquía. Fondo de Cultura Económica. México. 1991.
- Etchepareborda, Roberto.** Yrigoyen. Centro Editor para América Latina (CEAL). Buenos Aires. 1985.
- Fevbre, Lucien.** Combates por la Historia. Colección Obras Maestras del Pensamiento Contemporáneo. Planeta Agostini. Barcelona. 1994.
- Furman, Jorge Osvaldo.** Historia de los Orígenes Doctrinarios del Justicialismo. Fundación Argentina para el Siglo XXI. Buenos Aires. 1995.
- Furman, Jorge Osvaldo.** La Legitimidad en la Historia Argentina. Centro Editor para América Latina (CEAL). Buenos Aires. 1993.
- Furman, Jorge Osvaldo y Pascuzzo, Silvano.** El Justismo y la Oposición Liberal Republicana en la Argentina. *Revista Virtual de Extremo Occidente*. Facultad de Ciencias Sociales, USAL. Buenos Aires. N° 2, noviembre de 2007.
- Galbraith, John Kenneth.** La Era de la Incertidumbre. Plaza & Janés. Barcelona. 1977.
- Halperín Donghi, Tulio.** Historia Contemporánea de América Latina. Alianza Editorial. Buenos Aires. 1994.
- Ibarguren, Carlos.** La Historia que he Vivido. Peuser. Buenos Aires. 1949.
- Irazusta, Julio.** La Política, en Periódico La Nueva República. Buenos Aires, 18 de julio de 1930.
- Irazusta, Rodolfo.** El Pensamiento Nacionalista. Obligado Editora. Buenos Aires. 1943.
- Jauretche, Arturo.** FORJA y la Década Infame. Peña Lillo Editor. Buenos Aires. 1966.
- Jauretche, Arturo.** Los Profetas del Odio y la Yapa. Peña Lillo Editor. Buenos Aires. 1997.
- Maquiavelo, Nicolás.** El Príncipe. Losada. Buenos Aires. 1987.
- Marrou, Henri.** Del Conocimiento Histórico. Per Abbat. Buenos Aires. 1985.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich.** El Manifiesto Comunista. Ediciones Nuevo Tiempo. Buenos Aires. 1973.
- Palacio, Ernesto.** La Reacción Republicana, en Periódico La Nueva República. Buenos Aires, 18 de julio de 1930.

- Pascuzzo, Silvano.** ¿Qué Ciencias Sociales? *Revista Virtual de Extremo Occidente*. Facultad de Ciencias Sociales, USAL. Buenos Aires. N° 1, octubre de 2007.
- Pascuzzo, Silvano.** Hacia un Cambio de Enfoque. *Revista Virtual de Extremo Occidente*. Facultad de Ciencias Sociales, USAL. Buenos Aires. N° 3, diciembre de 2007.
- Peterson, Harold.** La Argentina y los Estados Unidos. Biblioteca Argentina de Historia y Política, Hyspamérica. Buenos Aires. 1986. 2 Tomos.
- Pinedo, Federico.** En Tiempos de la República. Editorial Mundo Forense. Buenos Aires. 1958. 2 Tomos.
- Potash, Robert.** El Ejército y la Política en Argentina. Biblioteca Argentina de Historia y Política, Buenos Aires. 1984. 2 Tomos.
- Rouquié, Alain.** Militares y Sociedad Política en la Argentina. Emecé. Buenos Aires. 1993. 2 Tomos.
- Sanguinetti, Horacio.** La Democracia Ficta. Ediciones La Bastilla. Buenos Aires. 1983.
- Sarobe, José María.** Memorias sobre la Revolución del 6 de Setiembre de 1930. Ediciones Gure. Buenos Aires. 1943.
- Sartori, Giovanni.** La Política. Fondo de Cultura Económica. México. 1995.
- Thomas, Hugh.** La Guerra Civil Española. Grijalbo. Madrid. 1987. 2 Tomos.
- Vladimir Ilich Ulianov "Lenin".** El Imperialismo Fase Superior del Capitalismo. Ediciones Nuevo Tiempo. Buenos Aires. 1972.
- Waldman, Peter.** El Peronismo. Biblioteca Argentina de Historia y Política, Hyspamérica. Buenos Aires. 1986.
- Zuleta Álvarez, Enrique.** El Nacionalismo Argentino. Ediciones La Bastilla. Buenos Aires. 1989. 2 Tomos.

Documentos

- Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores.** Buenos Aires, 1932.
- Honorable Cámara de Diputados de la Nación.** Diario de Sesiones. 1930.
- Honorable Cámara de Diputados de la Nación.** Diario de Sesiones. 1932.

Notas

1 **Karl Marx** fue el creador de estas categorías, las que utilizó a lo largo de su extensa y genial obra, y que constituyen la base interpretativa de su Filosofía de la Historia: **El Materialismo Dialéctico**. La palanca de las grandes transformaciones es el surgimiento de la lucha de clases, y su complemento, el desarrollo de las fuerzas productivas. La ideología, el derecho y la política –además de la religión– no son más que epifenómenos de aquellas. **Marx, Karl y Engels, Friedrich**, *El Manifiesto Comunista*. Ediciones Nuevo Tiempo; Buenos Aires; 1973.

2 **Braudel, Fernand**. Las Responsabilidades de la Historia. Discurso pronunciado el 1 de diciembre de 1950, con motivo de la inauguración de la Cátedra de Historia de la Civilización Moderna, en el Colegio de Francia. **Braudel, Fernand**, *La Historia y las Ciencias Sociales*. Alianza Editorial; Madrid; 1984.

3 **Alberdi, Juan Bautista**. Bases y Puntos de Partida para la Organización Constitucional de la República Argentina. Editorial Plus Ultra; Buenos Aires; 1984.

4 Pese a lo sostenido más arriba, el Régimen del 80 no careció de cierta apertura frente a los problemas sociales. Fueron interesantes algunas iniciativas, como la del General Julio Argentino Roca, quien en su segunda presidencia envió al Doctor Juan Biallet Massé a interiorizarse del estado de los trabajadores en el Interior del país. **Biallet Massé, Juan**, Informe sobre el estado de la Clase Obrera en la Argentina. Colección Biblioteca Nuestro Siglo; Hyspamérica; Buenos Aires; 1985. La mejor revisión de éste período, sigue siendo la de **Botana, Natalio**, *El Orden Conservador*. Sudamericana; Buenos Aires; 1997.

5 Esto fue claramente remarcado por varios analistas argentinos y extranjeros que identificaron el origen del “Partido Militar” en la movilización de sus cuadros por los dirigentes opositores al Roquismo desde 1890. **Potash, Robert**, *El Ejército y la Política en Argentina*. Biblioteca Argentina de Historia y Política; Buenos Aires; 1984. 2 Tomos; y **Rouquie, Alain**, *Militares y Sociedad Política en la Argentina*. Emecé; Buenos Aires; 1993. 2 Tomos.

6 Es muy ilustrativo el panfleto de 1914, escrito por un oscuro revolucionario ruso, exiliado en Ginebra, Suiza. **Vladimir Ilich Ulianov “Lenin”**, *El Imperialismo Fase Superior del Capitalismo*. Ediciones Nuevo Tiempo; Buenos Aires; 1972.

7 **Marx, Karl y Engels, Friedrich**. Op Cit. 1973.

8 Es bueno recordar que para el Marxismo, el “sistema capitalista” tenía como característica a las crisis. Éstas eran un producto de las limitaciones tecnológicas y humanas, impuestas al desarrollo por la propiedad privada de los medios de producción. **Marx, Karl y Engels, Friedrich**. Op Cit. 1973.

9 Todo el pensamiento Conservador en Estados Unidos y la Gran Bretaña había sostenido –en la universidad y en la prensa escrita– la invulnerabilidad del Capitalismo. Basta recordar los pronósticos optimistas del Presidente Edgard Hoover ante las primeras evidencias de la quiebra bursátil. La mejor explicación histórica y técnica de éste tema puede hallarse en el clásico: **Galbraith, John Kenneth**, *La Era de la Incertidumbre*. Plaza & Janés; Barcelona; 1977.

10 **Halperín Donghi, Tulio**. Historia Contemporánea de América Latina. Alianza Editorial; Buenos Aires; 1994. (pp 371-372).

11 **Halperín Donghi, Tulio**. Op Cit. 1994. (p 372).

12 **Halperín Donghi, Tulio**. Op Cit. 1994. (p 372).

13 Aquí presentamos una visión del Radicalismo que no coincide con la que popularizara FORJA en las décadas del treinta y cuarenta. Pese al enorme respeto y admiración que sentimos por el maestro Don Arturo Jauretche, no creemos que Yrigoyen haya sido un antecedente de Perón, ni en lo ideológico-político, ni en lo económico y social. La UCR nunca rompió con el modelo de acumulación forjado por los presidentes de la Organización Nacional, pues el mismo era “materia de fe” para los radicales. **Jauretche, Arturo**, FORJA y la Década Infame. Peña Lillo Editor; Buenos Aires; 1966.

14 Hipólito Yrigoyen fue elegido dos veces Presidente de la República. La primera (1916-1922) acompañado por **Pelagio Luna**; la segunda (1928-1930) por **Francisco Beiró**, quien falleció antes de asumir. El Colegio Electoral eligió como reemplazante a Enrique Martínez.

15 El antipersonalismo era la corriente opositora a Yrigoyen dentro de la UCR. En abril de 1928 había presentado una fórmula apoyada por los conservadores: **Mello-Gallo** (414.026 votos). Los socialistas **Bravo-Repetto** habían sacado 64.985 sufragios, mientras que el oficialismo radical había alcanzado la cifra de 838.583 votos. Sólo podían sufragar los varones mayores de 18 años.

16 **Pinedo, Federico**. En Tiempos de la República. Editorial Mundo Forense; Buenos Aires; 1958. 2 Tomos. (Tomo I, p 86).

17 Uno de los pocos autores que señaló la transformación indicada es **Etchepareborda, Roberto**, Yrigoyen. Centro Editor de América Latina; Buenos Aires; 1985.

18 Consideraciones similares, los autores las han desarrollado en un trabajo reciente: **Furman, Jorge Osvaldo y Pascuzzo, Silvano**, *El Justismo y la Oposición Liberal-Republicana en la Argentina*. Paper presentado ante el VIII Congreso Nacional de Ciencia Política, SAAP; Buenos Aires; USAL; 2007.

19 Lo vemos en el famoso apotegma de **Roque Sáenz** “América para la Humanidad” en la Primera Conferencia Panamericana de Washington (1889). El ABC de nuestra política exterior había consistido siempre en apoyarse en Europa (básicamente el Reino Unido) para frenar los avances de Estados Unidos en América del Sur. Este tema se halla claramente explicado en: **Conil Paz, Alberto y Ferrari, Gustavo**, *Política Exterior Argentina (1930-1962)*. Huemul; Buenos Aires; 1977.

20 En varios trabajos revisa Don Arturo esta cuestión con su acostumbrada llaneza e ironía, a tal punto que caracterizó a la izquierda progresista con el simpático y original mote de “Mitro-Marxismo”. **Jauretche, Arturo**, *Los Profetas del Odio y La Yapa*. Peña Lillo Editor; Buenos Aires; 1994; y **Jauretche, Arturo**, Op Cit. 1966.

21 Se presentan testimonios adicionales en: **Furman, Jorge Osvaldo y Pascuzzo, Silvano**, Op Cit. 2007.

22 Ibidem.

23 El 10 de noviembre de 1929 caía asesinado Carlos Lencinas, jefe de la corriente interna del Radicalismo conocida como “Lencinismo”. Esta tumultuaria y socializante agrupación política criticaba al personalismo y al centralismo decisorio de Yrigoyen. Se desarrolló principalmente en Mendoza, y su fundador había sido José Néstor Lencinas, padre de la víctima. Unos días más tarde, fracasaba un atentado

contra el Primer Mandatario; mientras, la Federación Universitaria Argentina (FUA) y los nacionalistas, se disputaban las calles de la Capital, en una riña poco simpática entre adversarios de un Gobierno que los observaban con una placidez que todavía hoy sorprende.

24 Para consultar algunos puntos de vista sobre éste tema, se puede visitar el sitio Web <http://revistaexo.com.ar>, donde se han publicado algunos artículos sobre metodología de las Ciencias Sociales, entre ellos: **Pascuzzo, Silvano**, ¿Qué Ciencias Sociales? N° 1, octubre 2007. Hacia un Cambio de Enfoque: algunos comentarios sobre nuestro oficio. N°3, diciembre de 2007.

25 **Braudel, Fernand**. Op Cit. 1950. [pp 26-27].

26 **Marrou, Henri I.** Del Conocimiento Histórico. Per Abbat; Buenos Aires; 1985.

27 **Maquiavelo, Nicolás**. El Príncipe. Losada; Buenos Aires; 1987.

28 **Giovanni, Sartori**. La Política. Fondo de Cultura Económica; México; 1995.

29 **Dahl, Robert**. Poliarquía. Fondo de Cultura Económica; México; 1991.

30 **Botana, Natalio**. Op Cit. 1977.

31 *Ibidem*.

32 Nos estamos refiriendo a la desarticulación del aparato roquista por el Presidente José F. Alcorta (1908-1909), a favor de su amigo Roque Saénz Peña, Jefe de Estado entre 1910 y 1914, y autor del proyecto de ley que llevara su nombre, de voto universal y secreto masculino, sancionado en 1912. **Botana, Natalio**, Op Cit. 1977.

33 No podemos aquí presentar toda la extensa producción sobre el problema de la Legitimidad. Por ello remitimos al lector a revisar: **Furman, Jorge Osvaldo** (Comp). La Legitimidad y la Democracia Representativa. Centro Editor de América Latina; Buenos Aires; 1993.

34 Es interesante cómo el imaginario de la élite vincula, de modo automático, al inmigrante con el **anarquismo** y el **socialismo**, así como al criollo pobre con el "tumultuoso espíritu de montonera"; y a ambos, naturalmente con el desorden, el caos y la anarquía; un liso y llano retorno a los tiempos de la Barbarie, derrotada en 1860-1880 por el triunfo incondicional de los héroes fundadores del conservadurismo argentino.

35 En toda crisis de legitimidad podemos ver también una de autoridad. Y en ella, dos subtipos básicos: la del Rol o papel (institucional) y la del ocupante (político).

36 **Furman, Jorge Osvaldo**. Historia de los Orígenes Doctrinarios del Justicialismo. Ediciones para el Siglo XXI; Buenos Aires; 1995.

37 Lo raro no es que la derecha conservadora argentina fuera derrotada en las urnas en 1912, luego de la Ley Electoral. Es importante tener presente, por ejemplo, que lo mismo ocurrió en 1837 con los conservadores británicos frente al liberalismo, sino que se negará a sacar las debidas conclusiones de su fracaso; es decir que se decidiera a construir una maquinaria electoral capaz de enfrentar de igual a igual a la del adversario. Contaban con suficiente respaldo popular como para intentarlo. En esto no fue pro-británico, pues siguió el ejemplo de la derecha española, reaccionaria y golpista. Para un análisis pormenorizado de éste aspecto, ver: **Botana, Natalio**. Op Cit. 1977.

38 De La Torre creía que Yrigoyen había traicionado el mandato del fundador de la UCR. Leandro N. Alem. Lo consideraba excesivamente personalista; siendo ésta la

causa de su alejamiento del Partido en 1896/97. El caudillo santafesino llevaba barba, a raíz de una herida que Yrigoyen le había hecho con espada en uno de los lóbulos faciales durante un duelo. Ver: **Luna, Félix**. Yrigoyen. Colección Biblioteca Argentina de Historia y Política; Buenos Aires; 1986.

39 Son muy pintorescas y agudas las críticas de Don Arturo Jauretche a los socialistas. Ver al respecto: **Jauretche, Arturo**. Op Cit. 1966.

40 Para una investigación pormenorizada sobre el anarquismo, podemos recomendar: **Bayer, Osvaldo**. La Patagonia Rebelde. Biblioteca Argentina de Historia y Política; Buenos Aires; 1986. Sobre el nacionalismo, es muy completo el trabajo clásico de **Zuleta Álvarez, Enrique**. El Nacionalismo Argentino, Ediciones La Bastilla; Buenos Aires; 1989. 2 Tomos.

41 Es siempre importante destacar el asesinato del Jefe de la Policía de la Capital, **Coronel Ramón L. Falcón**, por parte de un anarquista de origen ruso, **Simón Radovitsky**, de apenas 19 años, en 1909. Un hecho que conmocionó al país y que puso en guardia a toda la derecha argentina, conservadora y nacionalista.

42 El militar a cargo, **Teniente Coronel Varela**, era un ex revolucionario radical de 1905, amigo personal del Presidente Yrigoyen, de quien había recibido instrucciones directas antes de viajar a la Patagonia. **Bayer, Osvaldo**, Op. Cit. 1986.

43 **Lugones** venía de la izquierda, y su fanatismo anti-liberal puede encontrar su verdadera fuente en la clásica actitud reaccionaria de todo converso. Se suicidó intempestivamente, tras el fracaso de una relación amorosa de ribetes muy conflictivos y románticos. Fue uno de los mejores escritores de la literatura argentina.

44 El Monarquismo de **Charles Maurras** en Francia y el Catolicismo Hispanista de **Ramiro de Maeztu**. **Zuleta Álvarez, Enrique**. Op Cit. 1989.

45 Es excelente, sobre la influencia de la Iglesia en el pensamiento nacionalista, el trabajo de **Godino, Héctor**. Iglesia y Estado. (1880-1930). Revista Virtual EXO; USAL; Buenos Aires; N° 2, octubre 2007.

46 **Furman, Jorge Osvaldo y Pascuzzo, Silvano**. Op Cit. 2007.

47 En España las fuerzas Armadas van a convertirse –junto con la Iglesia y el Anarquismo– en los enemigos principales de la **democracia liberal**. A partir de 1820, a lo largo de más de un siglo, los militares españoles jugaron un rol importante en la vida institucional de ese país, prolongando su influencia luego de la guerra fratricida (1936-1939) durante los cuarenta años de Franquismo. Véase por su calidad y estilo literario: **Thomas, Hugh**. La Guerra Civil Española. Grijalbo; Madrid; 1987. 2 Tomos.

48 El Conservadurismo era muy fuerte en Córdoba. Se recordaba todavía –en 1930– la buena gobernación de **Miguel Juárez Celman** (1880-1886), agregándose, como factor de cierta importancia, el fuerte localismo anti-porteño de la Provincia.

49 El Socialismo Independiente era una escisión dirigida por **Federico Pinedo y Antonio De Tomaso**, surgida en 1927. Según el propio Pinedo, la división había obedecido a estrictos problemas personales. **Pinedo, Federico**. Op Cit. 1958.

50 En la Capital Federal, el Radicalismo Yrigoyenista había resultado segundo, con 82.713 sufragios; detrás del PSI, 109.292 votos, y seguido por el PSA 82.076 voluntades. En Córdoba los demócratas nacionales habían sacado 110.000 votos, frente a los 32.500 del oficialismo. Un excelente trabajo sobre estos acontecimientos es

Azzareto, Roberto. Historia de las Fuerzas Conservadoras. Centro editor de América Latina; Buenos Aires; 1984.

51 El Cantonismo o Unión Cívica Radical Bloquista, había nacido en 1921 en la provincia de San Juan. Su programa era obrerista y partidario de la intervención del Estado en la economía. Al mismo tiempo, es cerradamente localista y, algo muy importante, era el introductor en el país del voto femenino obligatorio, sancionado en 1927.

52 Etchepareborda, Roberto. Op Cit. 1986.

53 Potash, Robert. Op Cit. 1984.

54 Ibidem.

55 **José María Calvo Sotelo** era un carismático y joven dirigente monárquico, que en 1915 había sido –bajo el Gobierno Conservador de **Antonio Maura**– Gobernador Civil de Valencia. En 1923, Primo de Rivera lo había nombrado Ministro de Hacienda, y desde este puesto había intentado reformar la Constitución de 1875, con fuertes dosis de corporativismo. Su asesinato en Madrid, en julio de 1936, fue uno de los detonantes inmediatos del alzamiento nacional en Marruecos, Sevilla y otras partes de España, que iba a dar comienzo a la Guerra Civil. **Thomas, Hugh.** Op Cit. 1987.

56 **Sarobe, José María.** Memoria sobre la Revolución del 6 de septiembre de 1930. Ediciones Bure; Buenos Aires; 1943.

57 **Ibarguren, Carlos.** La Historia que he vivido. Peuser; Buenos Aires; 1949. (p. 109).

58 **Palacio, Ernesto.** La Reacción Republicana. Periódico La Nueva República, Buenos Aires; 18/07/1930.

59 **Irazusta, Ernesto.** La Política. Periódico La Nueva República; Buenos Aires; 18/07/1930.

60 El Radicalismo tuvo mucha responsabilidad en el surgimiento del “Partido Militar”. Tanto **Leandro N. Alem** como Yrigoyen, habían creído posible forzar cambios en el poder a través del faccionalismo dentro de las Fuerzas Armadas. La tradición española del “Pronunciamiento” alumbraba estas extrañas convicciones. **Potash, Robert.** Op Cit. 1985.

61 Declaración de los 44; Diario La Nación; Buenos Aires; 10/08/1930.

62 Declaración del Antipersonalismo; Diario La Nación; Buenos Aires; 21/08/1930.

63 Informe de **Ronald MacLay** a **Neville Henderson**, del 09/09/1930. [Sección 3. Apéndice Documental Sud-Centroamérica – Confidencial A 6408/2NI; recibido N° 233.03/10/1930]. “Se pensó que el Diario La Prensa había dicho la verdad cuando anunciaba alarma e incertidumbre, frente a la denuncia recibida por el Ministro de Guerra, sobre la Constitución de una Junta Revolucionaria, que aspiraba a promover de inmediato un movimiento para disponer al Primer Magistrado.”

64 **Potash, Robert.** Op Cit. 1985. Torno I. (p. 87).

65 **Sarobe, José M.** Op Cit. 1943.

66 **Ibarguren, Carlos.** Op Cit. 1949.

67 **Sarobe, José M.** Op Cit. 1943.

68 La columna tenía, según otras versiones, apenas 600 oficiales y cadetes, siendo el resto conscriptos.

69 Informe de Ronald MacLay a Neville Henderson. (08/09/1930).

70 Ibidem

71 Ibidem.

72 Ibidem. La ostensible coincidencia entre el informe británico y el proyecto político del General Agustín P. Justo, junto con su justificación laudatoria del Golpe, invalida la opinión de toda una corriente historiográfica, que ha sostenido que el mismo tuvo un basamento ideológico anti-británico y pro-estadounidense.

73 **Ibarguren, Carlos.** Op Cit. 1949.

74 Ibidem.

75 **Mussolini, Benito.** Discursos. Editorial Theoria; Buenos Aires; 1979. El fascismo tiene su origen en el Socialismo nihilista de Sorel; del que Mussolini era un gran admirador. El jefe del movimiento de camisas negras italianas –el Duce– se había rodeado –desde 1915– de un grupo de intelectuales provenientes del Marxismo, como **Farinacci** –y de otros, que venían de un anarquismo nietzscheano– como **D’Anunzio**– Mussolini mismo era por entonces un conocido dirigente socialista. Murió en 1945, creyendo que su vida era un testimonio de coherencia ideológica, pues sentía que el fascismo había sido el verdadero agente de la revolución social y política en Italia.

76 **Thomas, Hugh.** Op Cit. 1987. La Dictadura de Primo de Rivera (1923-1931) era el modelo a seguir por la derecha conservadora argentina: ordenancista, católica, tradicionalista y monárquica. Sería el hijo del dictador José Antonio Primo de Rivera –quien crearía el movimiento de la Falange–, éste sí de inspiración obrerista y popular. Franco lo terminaría diezmando en los últimos años cuarenta.

77 **Ibarguren, Carlos.** Op Cit. 1949.

78 Los conservadores bonaerenses eran en 1928-1930 una maquinaria política aceitada y con fuerte anclaje en el interior de la Provincia. Su divisa era la boina colorada, en oposición a la blanca por los radicales.

79 **Azzareto, Roberto.** Op Cit. 1984. (p. 48).

80 Ibidem. (p.48).

81 Ibidem.

82 El Revisionismo fue una escuela historiográfica que nació al calor de la influencia anti-liberal del Historicismo Europeo. Se propuso derribar el mito construido en el siglo XIX por Mitre y la corriente que con él se identificaba. Tuvo una importancia crucial en el futuro político del país, al influir sobre muchos intelectuales vinculados al peronismo y a la llamada izquierda nacional. **Jauretche, Arturo.** Política Nacional y Revisionismo Histórico. Peña Lillo Editor; Buenos Aires; 1967.

83 **Irazusta, Rodolfo.** El Pensamiento Nacionalista. Obligado Editora; Buenos Aires; 1943. (p. 105).

84 **Sanguinetti, Horacio.** La Democracia Ficta. Ediciones La Bastilla; Buenos Aires; 1983. (p. 98).

85 El veto sobre **Marcelo T. de Alvear**, se basó en el artículo 77 de la Constitución Nacional, que establecía que el Presidente no podía ser reelecto sino luego de un período de seis años. ¿Y el Golpe Militar no había existido para los sesudos juristas del régimen? Sí, y lo habían legalizado por medio de una acordada de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

86 **Furman, Jorge Osvaldo y Pascuzzo, Silvano.** Op. Cit. 2007.

- 87 Ibidem.
- 88 **Waldman, Peter.** El Peronismo. Biblioteca Argentina de Historia y Política, Hyspamérica; Buenos Aires; 1986.(p 48)
- 89 Ibidem. (p 48).
- 90 **Fraga, Rosendo.** Justo
- 91 Ibidem.
- 92 **Paterson, Harold.** La Argentina y los Estados Unidos. Biblioteca Argentina de Historia y Política, Hyspamérica; Buenos Aires; 1985. 2 Tomos. (Tomo 2, p 54).
- 93 Honorable Cámara de Diputados de la Nación. Diario de Sesiones. Tomo II, 1929.
- 94 Ibidem.
- 95 Honorable Cámara de Diputados de la Nación. Diario de Sesiones. 1932.
- 96 **Ardissone, Romualdo.** "El Idioma y la Nacionalidad como factores del Comercio", *Humanidades*. Universidad de La Plata; La Plata; 1930.
- 97 **Jauretche, Arturo.** FORJA y la Década Infame. Peña Lillo Editor; Buenos Aires; 1966.
- 98 **Don Alberto** dijo ésta frase en presencia de uno de los autores, en junio de 1993 durante una Conferencia dictada en la Fundación Juan D. Perón.
- 99 **Ardissone, Romualdo.** Op Cit. 1930.
- 100 **Jauretche, Arturo.** Op Cit. 1966.
- 101 Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores. Buenos Aires, 1932.
- 102 **Irazusta, Rodolfo.** Op Cit.
- 103 Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores, Buenos Aires, 1932.
- 104 Ibidem.
- 105 Ibidem
- 106 Ibidem
- 107 Diario La Nación. 5 de junio de 1933. (p 2)
- 108 Diario La Nación: 5 de junio de 1933.
- 109 Diario La Nación 5 de junio de 1933.
- 110 Diario La Nación Furman, Osvaldo y Pascuzzo, Silvano.
- 111 **Furman, Osvaldo y Pascuzzo, Silvano.** Op Cit. 2007.
- 112 General de División Luciano Benjamín Menéndez. Discurso a las tropas del II Cuerpo de Ejército. Tucumán, 18 de abril de 1976. Clarín. 19 de abril de 1976.



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR